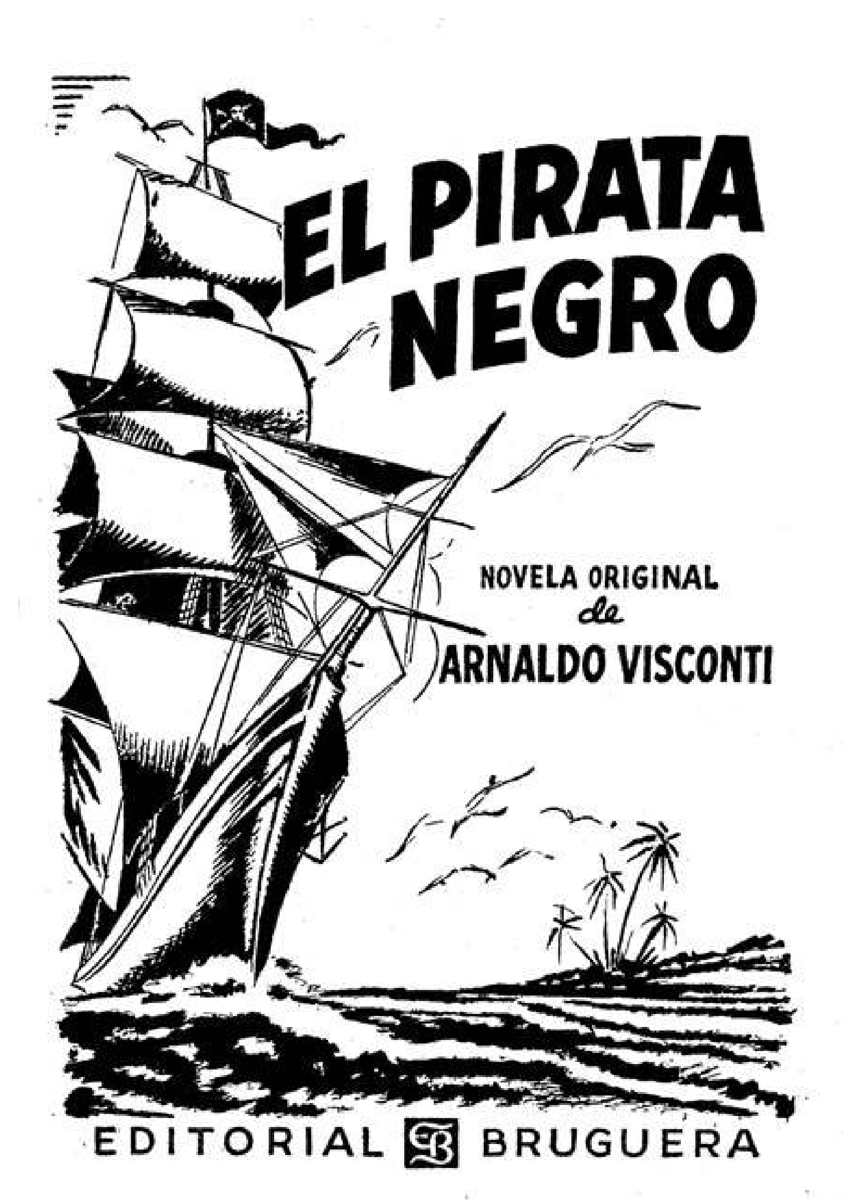
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

UNA FAMILIA PELIGROSA



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Una familia peligrosa

Colección El Pirata Negro n.° 71

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


Una
FAMILIA
PELIGROSA

CAPÍTULO PRIMERO

Dentro y alrededor de una carroza

En la cima de la colina erguíase una fortaleza, sus almenas aparecían pobladas por soldados españoles, pero no se divisaban fuerzas sitiadoras que justificasen la actitud expectante de los que guarnecían los muros altos del fuerte.

Circundaba la colina, en su base, un tupido bosque, a través del cual abríanse dos rutas: una de ellas camino de Riomaba, y otra que llevaba a la ciudad de Quito, capital del Ecuador.

Quizá una experta mirada avezada a estratégicas disimulos habría percibido que en la linde del bosque con la colina, levantábanse empalizadas construidas recientemente;

Pero para un observador normal, sólo habrían sido advertidas la natural presencia del bosque, la lógica misión de los centinelas de una fortaleza, y la también explicable presencia de una suntuosa carroza tirada por dos caballos.

La carroza tenía todas sus cortinas echadas tres los marcos de las ventanillas. Su estructura, si bien no exenta de lujo, denotaba que los obreros que la construyeron atendieron a hacerla sólida, y apta para largos viajes.

Estaba detenida en la base de la colina, a una distancia de veinte pasos de las empalizadas en que lindaba el bosque.

Pero síntoma tan extraño como el de los muchos soldados apiñados en las almenas, no estando visibles sitiadores, era el de que en su pescante no había la natural figura del postillón; ni tampoco nadie a su alrededor.

Sólo un hombre alto, de anchos hombros y rojos cabellos, encaminábase hacia la solitaria carroza.

Diego Lucientes abrió la portezuela, entró, se sentó, y vióse

materialmente estrujado entre dos brazos femeninos.

—¡Soy feliz, padre! Cheij ha venido a buscarme! ¡Cheij va a venir para irse con nosotros! ¡Para siempre conmigo! ¡Y tú también! Que se acabaron ya las aventuras y aventurillas...

—Repámpanos, doña—masculló Lucientes soltándose desbrazo, y sonriente. —Permíteme cumplir con mi grato deseo de besar la mano de tu hada protectora.

Mireya de Ferjus, que ocupaba el asiento frente a Lucientes y su hija, recibió con agrado el besamanos del madrileño.

—Vos y mi esposo tenéis la rara mandad de hacer normal todo lo más inverosímil, don Diego. Henos aquí la carroza sin.postillón, cercados por salvajes jíbaros, y aparecéis vos con a desenvoltura del que acude a un refrigerio y a tertulia.

—¿Es que sucede algo extraño, señora?—fingió asombrarse Lucientes. —Os veo, tengo a mi lado al tormento de mi niña, ésta carroza es muy cómoda... y todo lo demás no lo vemos.

—Yo nada quiero saber—dijo precipitadamente Gabriela Lucientes. — Cheij me quiere, nos casaremos y;..

—Por el instante te callas, doña. Estamos hablando las personas mayores. Ya es de suponer que para ti, en todo el mundo entero, sólo existe una persona.

—Suponer pues también con el mismo acierto, qué grande es mi deseo le saber las más recientes noticias le vuestro amigo, que afortunadamente es mi esposo.

—Su mejor fortuna, el teneros por poesía hecha realidad.

—Me referí a que la fortuna era mía. Hace escasamente media hora me he separado de él, y las separaciones me inquietan. Se marcha por dos días, y los acontecimientos le obligan a estar alejado dos meses..

—Creo que en esta ocasión tardará algo menos—sonrió Lucientes.

—¿A dónde fue?

—Tiene que parlamentar con lo«jíbaros para que levanten el cerco, como primera medida.

—¿Lo harán?

—Qué duda cabe... Runa Cuntur les manda, Runa Cuntur es tú adorado martirio, Gaby.

—Nombre feo... ¿Qué significa, padre?

—Los salvajes jíbaros llamaron a Cheij “Blanco Salvaje”. ¡Bah!... Exageradas que son los niños. Pues, como os decía, señora marquesa, cuando levanten los jíbaros el cerco....

—¿Creéis que aceptarán la elocuente labia de mi esposo?

—El conde Ferblanc tiene argumentos más contundentes. Vino al frente de... de trescientos guerreros.

—¿Por qué habéis vacilado, don Diego?

—Bueno...—y rascóse la sien el pelirrojo; —Lo cierto es que vuestro esposo ya os lo explicará él mismo.

—No seáis irritante—fingió enojarse Mireya—. Bien sé que Carlos se vio obligado a recurrir a las Damas del Arco, para poder imponerse a los jíbaros que vos con Cheij acaudillabais.

—¿Trescientas mujeres? — inquirió Gabriela, frunciendo la nariz, en mohín receloso.

—Lo son... y no lo son... Huelen mal... Llevan coraza y nada tienen de atractivas.

—Algo de eso habrá—replicó Gabriela—puesto que estás tú aquí en vez de estar haciendo la rosca a esas damas malolientes.

—Chitón, deslenguada. No quiero que la señora marquesa se forme un mal concepto de nosotros. Será natural que debido a mis muchas ausencias tengas fácil predisposición a olvidarte da que tú eres la muchacha y yo soy el padre de la muchacha.

—Decíais pues que tenéis la seguridad de que los jíbaros se retirarán.

—Absoluta.

—¿Y las Damas del Arco?

—Indudablemente..., aunque, claro, en tratándose de mujeres, nunca se puede estar cierto. Pero el hidalgo Lezama lo arreglará todo de la mejor manera. ¿Qué tal vuestra estancia mi el fuerte?

—¿Y qué tal tu estancia entre las Damas del Arco, eh?

—Veo que mi hija no ha progresado en su educación, lo cual me consuela. A veces sentía remordimientos, pensando que la malcriaba. Pero advierto que es algo inseparable de su carácter.

—Que de ti heredé—dijo elle, volviendo a abrazar al autor de sus días.

Prefirió Lucientes callar, y dejar que Mireya de Ferjus meditase, mientras Gabriela, cerrados los ojos, iba evocando un futuro de eterna felicidad.

* * *

"Cien Chirlos" se detuvo fuera de las empalizadas, mientras los tres que le acompañaban miraban con asco a los agazapados jíbaros portando mosquetones que empuñaban torpemente.

—Parecen macacos aparrados a un poste—rió Juan Pérez, el supuesto "gracioso" del "Aquilón".

—Verdad que sí...—aprobó Lucio Agudo.

—¡Yo opino que ahora...—empezó a decir Ambrosio Bustamante...

—¡Yo opino, por los cuernos y las pezuñas de Belcebú y toda su parentela, que aquí os calláis y hablo yo —fulminó, colérico, "Cien Chirlos".

Los otros tres callaron. Aparte las proverbiales malas pulgas del lugarteniente, comprendían que ahora estaba de pésimo humor, ya que acababa de separarse del Pirata Negro.

—La misión está clara, so borricos. Aquella carroza, la debemos llevar a Quito.

—¿A hombros? — rió imprudentemente Juan Pérez.

Saltó hacia atrás para evitar el manotazo que en revés le dirigía "Cien Chirlos"

—¡Otra chirigota, y te destripo!

El aragonés hizo girar los ojos con mueca feroz. Pero Juan Pérez no rechistó, como tampoco los otros dos.

—Tú, "Pencas", al pescante conmigo. Tú, Rucio, con Juanelo en el estrado de dirás. Así veremos por los cuatro puntos cardinales. Ya habéis oído de qué se trata. Esta carroza y su contenido se pondrán en camino dentro de media hora, y han de llegar a la ciudad de Quito.

Dirigióse cada uno a su sitio, menos "Cien Chirlos", que repiqueteó contra la puerta.

Se abrió, y descendió Lucientes... Pero Mireya de Ferjus tendió su diestra.

—Me agrada veros don Marcelo. Bienvenido.

—Como siempre, señora, vuestro esclavo—dijo rendidamente el lugarteniente, destocándose, y besando la diestra ofrecida.

—Repámpanos, don Marcelo. ¿Cuándo os compráis peluca, y echáis pomada en vuestro bigote. Estáis hecho torio un caballero.

—¿Mi esposó, don Marcelo?—inquirió Mireya.

—Se reunirá con nosotros inmediatamente, señora. Pero debemos alejarnos dentro de unos momentos... Después él vendrá, con el caballero árabe.

Apartóse Lucientes.

—¿Qué pasa, don Márcelo?

—Mi señor debe alejar a los jíbaros y después alejarse él de las. mozas del arco. Dentro de meda hora pondré en marcha la carroza. Debemos hospedarnos en la mejor posada de Quito. Vos debéis cubrir vuestros cabellos con pañuelo o peluca.

—¿Es que no te gustan mis bucles?

—Así lo manda mi señor. Dice que no olvidéis que sois perseguido, y que por doquier hay proclamas.pidiendo vuestra cabeza y la del joven caballero árabe. Por tanto...

—Entendido. No comprometeré esta deliciosa marcha hacia el hogar. Y no estés de mal humor. Pronto se reunirá nuestro capitán con todos nosotros.

Supo tranquilizar Lucientes a las que aguardaban, y, para evitarse ulteriores explicaciones, aseguró que posiblemente basta Quito no les darían alcance los dos rezagados.

En el pescante, Ambrosio Bustamante, cuando ya la carroza llevaba recorridas varias leguas, y quedaban atrás bosque y fortaleza, aventuró una insinuación:

—Bello es el paisaje. Yo opino, compadre, que la madre Naturaleza cuando es generosa y tiene mucha cosa, es algo que ilustra, emociona y despepita. Yo opino...

—Yo opinó que aquí hace falta un bozal.

—Hablando se hace más corto el camino, compadre. No seas cochero, hombre. Yo también estoy de mal humor, porque “él” no está con nosotros, pero no es culpa mía. Oye, ¿tú quieres ilustrarme, y darme candela?

—Pregunta.

—¿Quién va dentro de la carroza?

—No te importa.

—Bueno, pero es que yo opino, que más vale saber que estar en la tierra del limbo... Pero tú mandas. Oye, compadre: ¿te fijaste en la dama que me eligió?

—No pierdo el tiempo en bobadas.

—¿Bobada? No la miraste bien... Era una manzanita redonda

por todos los puntos cardinales, con una navegación que mareaba. Yo opino que hubiese debido traérmela, porque íbamos haciendo migas. ¿Te conté lo de los osos. Hombre, “estuvo sembrado” Es algo que se parte uno la pechuga de risa al recordarlo. Es “la monda y la turulata”. Figúrate que Juanelo, Rucio y yo estábamos por allá, con más miedo que vergüenza, en aquella maldita tierra embrujada, que no sabíamos aún que tenía manzanas de bocados apetitosos, cuando vimos a tres osos.

—¿Había un espejo en el camino?

Dióse el navarro sonoras palmadas en los muslos, mientras reía a mandíbula batiente.

—Ha estado bueno el golpe, compadre, opino que tú eres un guasón de lomo mayor, de esos callados. Pues verás...

Condescendiente, chasqueando de vez en cuando el látigo, para animar a los caballos, “Cien Chirlos” soportó la narración entera y abundosa de la aventura de los tres osos, y las relaciones con la Dama del Arco.

* * *

En el pescante posterior, sentados a usanza de los lacayos, sobresanándoles la cabeza por encima de la capota. Juan Pérez y Lucio Agudo hallábanse enfrascados en amena conversación.

—...pues, que sí, que te crees tú eso. Le dije yo a la flaca que era algo muy serio, pero me tenía sospechas. Decía que mis ojos no se apartaban de las otras. Yo pase cara de canelo tú sabes, esa cara que ponen los perros cuando acaban de hacer una necesidad y despistan, diciéndole a la sardina, que era por comparar y que ella siempre ganaba. Lo que se estaba ganando es que si dura más mi suerte, la quiebro a patadas. ¡Lo fea que era la maldita! Con una escoba entre las piernas, la bruja Pelocha. En cambio, tú, bribón, atrapaste garrida moza. Y por lo que me has contado, aquello debió ser sabrosísimo. ¡Ah, qué cosas!

Reinó el silencio, evocador, por parte de ambos, hasta que Juanelo señaló con la barbilla hacia abajo, casi rozando la capota.

—¿Quién va dentro, aparte del señor Lucientes?

—Oí voces de damas, y ya visto como “Cien Chirlos.” besó una mano blanca, que no era de soldado.

—Y que me extrañó, porque el bruto ese no besa ni a la de tres. ¿Y qué tal está Quito?

—En la línea del Ecuador.

—Eso lo sé ya, zopenco. Me refiera a lo que puedes figurarte. ¡Cosas!

—Como todas. Las habrá guapas y las habrá flacas.

—¿Qué falta para llegar?

—Lleva plano el señor Lucientes que sacó de la carroza. Y creo que en dos días allá estamos, porque en la primera posta haremos relevo de caballos.

—Voy a echar un sueño.

—Te despertaré cuando paremos.

—Si ronco, sacúdeme. El bruto de "Cien Chirlos", podría lomarlo a mal, como si el roncar aunque se vaya en pescante de carroza, no sea algo muy sano.

La carroza siguió camino. Dos días después, ante la posada "La Vicuña", el mesonero hacía zalemas precediendo a las dos damas y al alto, caballero de rizosa y blanca peluca, que acababan de descender de una polvorienta y lujosísima carroza.

Capítulo II

Disipando la niebla del pasado

Bota contra buta, el Pirata Negro mantenía al trote su caballo, emparejándolo al montado por Cheij Khan.

—Largo es el camino que nos queda por recorrer, Carlos.

—Sí—contestó maquinalmente Cheij Khan.

Pero súbitamente rigidizó sus miembros el hijo del Pirata Negro, deteniendo su caballo.

—¿Cómo me has llamado?

—Carlos—repitió el Pirata Negro, sonriendo forzadamente.

—Mi nombre es Cheij. Carlos es tu nombre.

—Galopemos, muchacho. La vecindad no es aún honesta. Guando nuestros caballos pidan misericordia, seguiremos hablando lejos de esta frontera poco propicia a charlas.

Y alejóse a todo galope el Pirata Negro, seguido por su hijo. Dos horas después, ya anochecido, los dos caballos reposaban, mientras en el riachuelo bebía el Pirata Negro.

A su lado, y después de beber, preguntó el joven:

—¿Por qué dijiste que me llamo Carlos?

—Es tu nombre. Grabado de está en tu antebrazo... Déjame hablar, Carlos. En esta penumbra favorable tengo que evocar la figura de Tartar... Él me habló, y ahora hablará por mi boca. Te repetiré cuanto me dijo acerca de ti, de tus pesadillas y de tus recuerdos. Te expondré por qué mi carcajada te causa la sensación de haberla oído hace muchos años... Te diré por qué don Marcelo es tu padrino, y cómo un pelirrojo que tiene la; impresión de haber jugado contigo, cuando eras un mocoso, no se equivoca... Eso es, hijo, siéntate. A los dos nos conviene. Tenemos las piernas flojas. Hemos cabalgado muchos años... Y hoy muchas horas... De ahora en

adelante, siempre cabalgaremos juntos... La penumbra no te deja ver el tatuaje que estás mirando como quien ve fantasmas... Además, aunque lo pudieras leer, no sabrías el significado. Son letras persas. Y Tartar conocía el idioma persa... ¿Recuerdas las extrañas preguntas que te dirigió en cierta ocasión? Te habló de una isla lejana... De este tatuaje... No hace frío, hijo... Y estás tiritando, como yo...

Roncamente, demudada el rostro, alzó Carlos Lezama sus manos, mientras el Pirata Negro, sentándose a su lado, enlazábale por los hombros.

—¡Habla... señor! ¡Tengo miedo... y anhelo oírte! ¡Habla, señor!

Aplicó el Pirata Negro su mejilla contra la de su hijo.

—¿Debo hablar, o el silencio y el latido de mi sangre no te anuncian algo maravilloso, Carlos?

Un estertor en sollozo arañó la garganta del que hasta entonces creíase Cheij Khan, un huérfano de todo cariño...

—Tu voz... es la que Tartar decía que me impedía ser un cruel asesino... Tu voz... ¡es la voz de tu sangre!... ¡Tu sangre que en mis venas alienta!

—Tartar, cuando me salvó, parecía un gigantesco ídolo sabedor de misterios—fue narrando con voz truncada por la emoción, el Pirata Negro. —Cruzados los brazos ante el pecho, separados los codos del busto, me pregunto si mi nombre era Carlos lozanía, y al contestarle afirmativamente quiso saber si leía yo o hablaba el idioma persa...

—También a mí, cierta vez, me preguntó lo mismo.

—Su segunda pregunta me hizo palidecer porque evocaba en mí una fecha fatídica. Me dijo si el segundo mes del año diez me recordaba algo. Es la fecha que aparece grabada sobre una sepultura, allá en isla de Lanzarote. En lebrero del año diez, según las apariencias, un hijo mío llamado Carlos pereció ahogado intentando seguir la estela de mi velero. Me preguntó Tartar si le habla enterrado yo... y al responderle que no, indagó por qué entonces podía asegurar que era mi hijo Carlos el niño destrozado por los embates del mar que la resaca arrojó a la playa y que fue enterrado como Carlos Lezama. Tenía entonces siete años mi chaval Siete años. Cuando encadenados los dos te vi dormir, me produjiste una extraña impresión. Como un niño, que, harto de viajar de día

per negruras, recibe la negrura del sueño sin pensamientos, como un bálsamo.

Apretóse Cheij en convulso abrazo contra el busto del que hablaba, y éste prosiguió:

—Tartar me decía que hombres que como yo, día tras día han expuesto sus vidas, a nada le conceden valor, pero que en cambio cuando aman se entregan por entero. Y aseguró que mucho debí amar a mi primer hijo. Le contesté que era para mí el único amor, y que su pérdida había herido mi alma en llaga que nunca podría cerrar... No siento ya la llaga... Ha cerrado, hijo.

—Sigue—musitó febrilmente Cheij Khan.

—Me contó entonces Tartar que tú tenías la elasticidad de una pantera, porque un domador árabe llamado Bu-Djema azotó tus huesos de niño de siete años, con palos envueltos en trapos mojados.

—Bu-Djema me hizo contorsionista.

—Sus palos también tundieron mis carnes, Bu-Djema en tu comida, te daba una sopa, único manjar caliente, Contenía, como averiguaste más tarde, droga de hierba, que te hacía olvidar tu niñez y adormecía tus instintos. Por eso no puedes remontarte a solas más allá de tus siete años. Eras un jabato peleón... No has variado. Te revolcabas por mi cubierta peleando con tu padrino don Marcelo.

Un sudor frío invadía las sienes de Cheij, que escuchara como si estuviera en trance hipnótico.

—Bu-Djema te mintió mucho...

—Le di muerte convirtiéndolo ea antorcha humana, pero tu voz habló, y le clavó puñal, para abreviar su agonía.

—Mil agonías merecía... Apodó a tu chacal “Karls”, en burla sangrienta. Y te mintió cruelmente al decirte que eras hijo de madre española y padre árabe. Le explicaste a Tartar tus pesadillas. Una de ellas era frecuento en tus noches. Te veías luchando contra las olas en frágil lancha, donde había recogido otro niño náufrago. El niño perdía el sentido, y tú te veías atándolo en red al fondo de la lancha, para que no se lo llevaran las olas. Después, veías un gigantesco velero aproximándose, y tú nadando, nadando... Veías arriba del velero un rostro gesticulando a la luz de una linterna. El rostro de Bu-Djema que te arrojaba soga... ¿Vas aclarando la niebla

del pasado, hijo?

—El niño que la resaca arrojó era el que en la lancha me acompañaba. No quiso recogerlo, y las olas, lanzándolo contra las rocas, lo desfiguraron... Luego, Bu-Djema me enterró en vida en su choza.

—Tatuó en tu antebrazo unos signos cabalísticos que dijo eran amuleto de buena estrella. Eran letras persas. Los nombres que tú pronunciabas en tu delirio: “Carlos Lezama”, y añadió el nombre de la isla ante la que te recogió, y la fecha.

Besó Cheij Khan su antebrazo.

—¡No mintió Bu-Djema!—exclamó vehemente.—¡Este tatuaje es mi buena estrella! ¡Nos ha unido!

—Unidos estamos—dijo con sencilla el Pirata Negro.

—¿Por qué no me dijo todo eso Tartar?

—Quería que yo fuera quien te lo revelara, porque éste era mi derecho. Después, cuando en tu camino se cruzó el corsario inglés Hart Mulliner, éste vio la mejor ocasión para vengarse de mí, diciéndote que yo había matado a tus padres.

—Hart Mulliner ardió también a mis manos.

—Bien, chacal. Pero en lo sucesivo, si a alguien matas, de frente y espada en mano. No es reproche. Has crecido sin cariño, y estás endurecido.

—Lo estaba... Tengo sueño... Mis sienes me duelen...

—Duerme, hijo. Vamos tú y yo a disfrutar un reparador sueño, y mañana, camino a lo nuestro: nuestro hogar.

Cerró los ojos Cheij, y tendióse el Pirata Negro. Sobre su pecho reclinó Cheij la cabeza.

—Dura es la almohada, hijo.

—Nunca mejor la hallé.

Poco después, exhausto, Cheij dormía... El Pirata Negro abiertos los ojos, sonreía, brillantes las pupilas que contemplaban el techo de estrellas, allá en lo alto...

No durmió velando el sueño de su hijo...

Y a los primeros albores del amanecer, desperezóse Cheij Khan, alargando los brazos...

Volvió el rostro, quedando sus ojo a altura del mentón que veía ladeado. Y vio los labios sonrientes...

—Hela, padre... padre, hola.

—Hola, jabato. Un nuevo sol luce

—Entibia mi alma..., padre—y rió infantilmente Cheij—. Es una palabra como un bombón de chocolate padre, padre... La paladeo, y no quisiera que nunca se fundiera entre mis labios. Padre...

—Más bonita es la palabra madre Era muy hermosa Karmi... Murió a nacer tú, por alevosa mano crimina que en ella quiso vengarse de mí. “Cien Chirlos” fue tu padrino... Él te llamaba jabato y chaval. Diego Lucientes te educaba a su modo. Gabriela y tú os dabais buenas palizas...

—¡Así tenía que ser!—rió gozoso —¿Qué más?—indagó con ansiedad boquiabierto en la espera de lo que le sonaba maravillosamente, como un relato que le devolvía a la vida feliz disipando todas las nieblas de su pasado.

—¿Qué más? Hijo... Tu cabeza pesa lo suyo... y me duelen los costillares y los pulmones.

Levantóse Cheij en ágil salto.

—Eres fuerte... Más fuerte que yo —admitió generoso—. ¿No has dormido?

—No he podido,

—¿El peso de mi cabeza?

—La alegría de tenerte tan cerca durmiendo como el niño fatigado, que tras recorrer muchos laberintos encuentra por fin la salida.

—¡Sí! ¡Así es, padre!

—Eres un buen mozo, pero lo primero que hace el hijo de un hombre le mar, es sumergirse en el agua.

Y señaló el cercano riachuelo.

—¿Nadamos, padre?

—¿El chacal retando al león?

—El pez invitando al tiburón. ¡Al agua!

—¡Al agua!—gritó también infantilmente el Pirata Negro.

Quitáronse botas y camisa, dejante sus cintos. Corrieron en rauda carera, zambulléndose a la par.

Por espacio de un largo cuarto de hora, nadaron, bucearon, y arrojáronse agua al rostro, en juego viril de tritones.

Y fuera del agua, sacudiéndose y elidiendo los chorreantes miembros musculados a la caricia del sol, a las carcajadas del Pirata Negro, añadiéronse las de Cheij, que también apoyó los puños en

sus caderas.

—Hermoso día, chacal.

—No lo hubo nunca más brillante, león.

—¿Quién nos va a toser a ti y a mí juntos?

—¿Quién?—rió Cheij.

—Ni el Rey de todas las Españas y sus contornos.

—Tú eres el rey.

—De acuerdo, príncipe. Bueno, muchacho, creo que ya hemos jugueteado bastante, y ya estoy viejo para estos trotes.

—¿Viejo tú?—protestó indignado Cheij—. Tienes la estampa de una estatua de gladiador romano.

—Vaya... Me lo dice la más bonita le las mujeres, y no me place tanto como oírtela decir... ¡Avante, hijo! ¡A los caballos! Hay que salir en pos de la carroza...

—¿Le daremos alcance?—preguntó

Cheij, acabando de vestirse mientras se acercaba al caballo.

—No lo creo. Pero allá en Quito, en la mejor de sus posadas, tu amada espera.

A caballo los dos, Cheij cogió impulsivamente la mano diestra del Pirata Negro, estampando en ella sonoro beso.

—Buenos días, padre.

—Así me saludabas cuando no alzabas medio metro del suelo.

—Y saludándole así todas las mañanas, quiero recuperar el tiempo perdido. Me gustas, padre...

—Niño...—rió el Pirata Negro, halagado.

—¡Sí! ¡Niño! ¡A mucho orgullo! ¡Lo soy, porque te he encontrado!

—Los dos nos quitamos años de encima. Bien, bien... Pues he aquí que reviento de algo que no sé lo que es, pero que me está corriendo desde las uñas de los pies hasta la raíz de los cabellos. Unas cosquillas muy gratas. Mientras nos vamos acercando de espera tu amada, debo felicitarte, Cheij. Fuiste constante. Ya con seis años le hacías la corte a la mocita.

—Sus ojos, azules... Cuando los vi, debí adivinar... Pero... ¿Sabe ella que yo soy... yo soy tu hijo?

—No.

—¿Y don Diego?

—Tampoco.

—¿Y Mireya?

—Lo presintió quizá. Siempre te defendió.

—Es un ángel, lis buena. Es divina.

—Es indescriptible, hijo. Me aguanta mucho, y yo no veo más que por sus ojos.

Ladeó Cheij la cabeza, con sonrisa maliciosa.

El Pirata Negro tosió con aparente gravedad.

—¿Qué sucede, chacal?

—Bien lo sabes, león...

—¿Nina Huarmi? Bueno, hijo... Era forzoso...—y tosió también el Pirata Negro. —Sólo hay una verdad: Mireya. Háblame de tu Gaby. ¿Qué piensas decirle?

—Muchas palabras que ahora nada significarían. Le diré que ella y tú ilumináis mi vida...

—A mí déjame a un lado. Las esposas quieren ser ellas las únicas. No eches sombra. Dile que sólo ella es tu luz. Que has caminado siempre en tinieblas, hasta que la viste... Que ahora es tu manantial incesante de felicidad.

—Tú... has debido convencer a muchas...—y rió alegremente el hijo del Pirata Negro.

—¡Psé! Antes de conocer a Mireya estaba muy enamorado del amor.



...partieron al galope...

Torció de pronto Cheij el gesto, dando un puñetazo en el arzón de su montura.

—¿Qué sucede, chacal?

—¡Vaya! ¡Ahora recuerdo; tengo un hermano! Lo siento... pero no me gusta. Le conocí en los bosques de Civry... Y por poco no le pego. Es un mequetrefe perfumado, lleno de encajes, con labios pintados... El marquesito...

—Oye, buen mozo. Es tu hermano. Hemos de formar una familia. Un hogar. Está en Europa. Ahora, cuando nos instalemos en donde sea, a bordo de mi velero, o en palacio del Virrey, él vendrá. Y... bueno, ya haré yo que se lave la cara.

—Me acusó de haber dado muerte a tres hombres... ¡Es un chivato acusica!

—Cuidado, chacal, o te caliento las orejas. Tu hermano no puede ser un chivato acusica, ¿te enteras?

—Bueno... Debieron pues engañarle

—Eso está mejor. ¡Al galope, hijo!

Los dos jinetes reían a veces sin motivo aparente. Todo en el aire, en el paisaje, parecía respirar la dicha de vivir.

Y los dos caballos, espoleados por sendos taconazos, partieron al

galope.

Capítulo III

En la tierra de los Incas

Julio Antón, el mesonero de la posada “La Vicuña”, quedó convencido de que sus nuevos huéspedes debían ser personajes de alta categoría.

No sólo porque el caballero había elegido un rellano completo, con sus cinco habitaciones, para alojarse con su familia, sino también porque le oía dirigirse a la dama menos joven, dándole el título de marquesa.

Julio Antón había conocido a muchos impostores e impostaras, pero esta vez, era indudable que si alguien podía ostentar un título sin necesidad de declinarlo, esta persona era la dama que respondía al nombre de Mireya.

El aspecto torvo y brutal de los cuatro escuderos que se alojaban en las zahúrdas habilitadas para el servicio junto a los establos, no impresionaba demasiado al mesonero.

Era natural que tan principales señores, para viajar por las no muy pacificadas tierras del antiguo Imperio de los Incas, necesitaban adquirir los servicios de gente de brega.

Transcurrieron tres días, y empezó el mesonero a extrañarse de que aquella “familia” no saliera, para nada de sus habitaciones, a excepción del caballero, y aun éste se limitaba a hacer, de vez en cuando, un recorrido hasta las bodegas; en ellas permanecía largo tiempo, consumiendo grandes, cantidades de los principales mostos

Un modo original de beber, meditaba Julio Antón, a deducir por lo que le contaba el vinatero que en las dichas bodegas escanciaba el mosto a los consumidores.

El caballero bebedor entregábase a largas disquisiciones mientras iba leyendo un ejemplar de la obra que narraba con

curiosísimos pormenores la conquista de la tierra del Ecuador, por entonces Imperio de los Incas, desde Potosí hasta Bogotá.

Pensó el mesonero que posiblemente aquel caballero que demostraba parejo afán por instruirse que para beber, podía muy bien ser un erudito en busca de crónicas.

No sabía que Diego Lucientes, impaciente por la tardanza del Pirata Negro y Cheij Khan, sumergíase en el doble calmante de la bebida y la lectura.

Volvía, hoja tras hoja, en la bodega, para alejarse de los rostros compungidos de Mireya de Ferjus y de su hija.

Tomó aquella tarde por testigo al vinatero:

—Todos cuantos tenemos ojos deberíamos leer cosas instructivas, amigote. Saber de las heroicas gestas de nuestros antepasados. Comparar y ver que hoy todos somos unos borrachines dedicados de pleno a la más decadente de las molicies, sin muchas ganas de pasar fatigas. Tú mismo, con sólo abrir espitas, tienes para comer, dormir, y vestir. Aprende, amigote, aprende las fatiguitas que pasaron Pizarro y los suyos para... ¿para qué?.. Para que en esta ciudad que hoy llamamos Quito, pero que antes era un suburbio de la legendaria y dorada Túmbez, un gaznápiro como tú abra espitas de toneles, y un haragán como yo se hinche la tripa. Moraleja: no vale la pena esforzarse, porque nuestros herederos no nos lo agradecerán.

—Pero, señor, la historia y la patria...

—Bueno; déjame de historias que a la mía voy.

Sumergióse Lucientes en la lectura, reanudándola en el punto en que Pizarro, después de su primera visita arriesgada al Imperio de los Incas, dirigióse a España con objeto de reclutar gente para formar una nueva expedición.

Surgían entre los dos principales socios que eran Almagro y Pizarro constantes querellas, que el tercer aseriado, el padre Luque, debía apaciguar.

Logró entre ellos dos una reconciliación, firmando los interesados un acuerdo, en el que Pizarro prometió no solicitar del Rey ningún puesto para sí mismo ni para ninguno de sus hermanos, hasta que a Almagro le fuese concedido un cargo de Gobernador. También acordaron que todo el oro y otras riquezas que obtuviesen durante la conquista de la tierra que al Sur del.Panamá, llamaban

Perú los españoles, habría de dividirse entre los tres socios primitivos.

Reconciliados, por fin, iniciaron enseguida los preparativos para la expedición. Acondicionaron tres pequeños barcos y adquirieron las provisiones y armamentos necesarios, así como veintisiete caballos, casi todo ello a crédito.

Desde el regreso de Pizarro a España, los supervivientes de las primeras expediciones y los colonos en general, propagaban toda clase de rumores terroríficos aceren de las dificultades, calamidades y peligros, que acechaban a los temerarios que intentaran conquistar el Perú, y tal eco hallaron, que varios de los reclutas recién llegados desertaron, dificultando así el alistamiento de nuevos voluntarios..

A pesar de las promesas hechas a los que quisieran unirse a la expedición, cuando Pizarro se hizo a la mar, tan sólo ciento ochenta y tres hombres se encontraban a bordo.

Afortunadamente, no habiendo ningún inspector celoso que hubiera podido prohibirles que partiesen, la expedición salió en enero de 1531, rumbo al Sur, después de una ceremonia, religiosa, durante la cual invocaron las bendiciones del Cielo sobre la empresa.

"Loco, fantástico y suicida", dijeron de Pizarro aquellos que desde la costa vieron como los tres pequeños barcos, con las velas hinchadas por el viento, ponían proa hacia el Sur.

Mares enfurecidos y fuertes vientos contrarios azotaron a la flotilla haciendo la vida de a bordo tan intolerable, que, al acercarse a la línea de El Ecuador, Pizarro decidió desembarcar a los soldados y caballos, con el fin de darles el descanso que les era tan necesario.

Entonces, y mientras exploraban una densa selva en la llanura, descubrieron una gran aldea.

Durante su anterior visita al Perú, Pizarro había tomado toda clase de precauciones para que los indígenas no sospecharan sus verdaderas intenciones, y, por consiguiente, había prohibido a.sus hombres que aceptasen oro, aun cuando les fuese ofrecido, como regalo por los indios.

Pero ahora ya habían cambiado las cosas, y como esta expedición iba en plan de conquista, los españoles se lanzaron sobre la colonia, antes que sus habitantes tuvieran tiempo de prepararse

para un ataque tan inesperado..

Con gran satisfacción de los blancos encontraron gran cantidad de oro, plata, y piedras preciosas, y cuando hubieron separado la acostumbrada quinta parte para el Rey, hicieron el reparto entre oficiales y soldados.

La mayor parte de las piedras, preciosas que allí encontraron eran esmeraldas, pero como los soldados entendían poco o nada del arte lapidario, alguien dijo a los ignorantes que las esmeraldas eran más duras que el acero, y que la mejor manera de comprobarlo era machacarlas entre dos piedras grandes.

Si se rompían, afirmó el experto, quedaba demostrado que sólo eran piedras de color verde claro y sin ningún valor, pero si resistían los golpes, no había duda de que eran valiosas esmeraldas.

Como es natural, las gemas sometidas a estas, pruebas se deshacían en fragmentos, y de esta manera, destrozaron muchas esmeraldas grandes y hermosas.

Más farde, cuando los soldados se dieron cuenta de que por escuchar al oficioso consejero, habían perdido una encime riqueza, se indignaron tanto, que hasta llegaron a decir que aquél, con esta treta, se había podido adueñar de una gran cantidad de piedras preciosas de las que le entregaron para hacer la prueba.

Este inesperado tesoro dio a Pizarro una brillante idea.

¿Y si ahora mandase a sus tres barcos regresar a Panamá? De seguro que la vista de tanto oro y plata sería un anzuelo infalible para atraer más voluntarios.

Mientras tanto, él con el grueso de la fuerza, avanzaría por tierra hacia la bahía del Guayaquil, donde más tarde sus barcos, cargados de refuerzos humanos, de armamentos y provisiones, fácilmente podrían ponerse en contacto con él.

Tan pronto como lo pensó, lo puso en práctica, y de acuerdo con su plan, mientras sus barcos partían para cumplir su misión inició una marcha de cuatrocientos cincuenta kilómetros a través de un país que sólo había visto desde el mar.

La columna avanzó por terrenos enfangados que despedían olores pestilentes por desiertos infernalmente cálidos, cruzó ríos, e innumerables arroyos, acompañada constantemente por enormes nubes de mosquitos y otros insectos;

Pronto ocurrió lo inevitable: aparecieron las enfermedades. Los

hombres, agotados, se echaban al suelo a descansar, despertando luego con, fiebre, mientras otros caían víctimas de misteriosas epidemias.

Las horribles verrugas y los dolorosos bultos ulcerosos hinchaban los cuerpos y cuando, para aliviar los dolores se les operaba, algunas enfermos morían desangrándose.

Hasta los más decididos veteranos, que habían acompañado a Pizarro en sus anteriores expediciones, estaban desanimados y arrepentidos de haberse internado en aquella inhospitalaria región.

Durante siete meses, largos y horripilantes avanzó lentamente el pequeño ejército, y cuando ya parecía insoportable la situación, vieron un barco que navegaba a lo largo de la costa.

Cambiaron con él señales de humo, y el navío arribó cerca de la desembocadura del río. A bordo iban los funcionarios del Consejo de las Indias que habían sido abandonados en Sevilla...

Además de alimentos y otras provisiones, llevaba el barco algunos voluntarios, deseosos de probar su suerte en la campaña peruana.

Éstos, después de hablar con los famélicos, y febriles hombres de Pizarro y enterarse de la muerte de tantos compañeros, se sintieron pesimistas, pero ya no podían cambiar de idea ni regresar.

Repuestos por un descanso tan necesario, y recuperadas las fuerzas por la buena alimentación que les proporcionaba los víveres que trajera el barco, prosiguieron los españoles con más ánimos su marcha por tierra, y al llegar la expedición a la bahía de Guayaquil, arribó otro barco, en el que venían unos treinta voluntarios más..

Mientras esperaban la llegada de su tercer buque, haciendo preparativos para la invasión del Perú, quiso Pizarro instalar su campamento en la isla de Puna.

Sin embargo, sus intérpretes que eran naturales de Túmbez y que odiaban a los habitantes de la isla, sus enemigos, tradicionales, precavían a Pizarro contra los indios de Puna, acusándoles de ser gente muy traidora.

Pizarro, en vez de asustarse por esta advertencia, pensó aprovecharse de esta rivalidad entre las tribus indígenas y hacer lo posible para enfrentar una tribu contra otra y conseguir así sus propios fines.

Primero llevaría todas sus tropas a la isla, y en caso de encontrar

resistencia, emplearía la fuerza; pero si no, haría todo lo posible para lograr la amistad de aquellos indios, cuya ayuda podía ser inestimable para sus propósitos de poner pie firme en el continente.

La situación se presentó muy favorable a los españoles, pues llegaron varios caudillos isleños al campamento y les ofrecieron sus servicios, prometiendo llevarles a su territorio en balsas, a lo que Pizarro accedió enseguida.

Los movimientos de los blancos extrañaban tanto a los indios del continente que confiándose en la protección de Pizarro, varias, balsas, al mando de cabecillas y repletas de guerreros de Túmbez, llegaron al campamento español con el pretexto de ofrecerle sus respetos.

Como es natural, los isleños se resintieron por la llegada de sus antiguos enemigos, pero, en presencia de los españoles ocultaron la ira que les embargaba,

Habiendo sido infirmado de que los jefes indios de la isla, conspiraban contra los blancos, Pizarro mandó llevar a su presencia a varios de ellos.

Teniendo en cuenta que los indios que actuaron de intérpretes durante el interrogatorio, eran naturales de Túmbez y por consiguiente enemigos hereditarios de los acusados, parece muy seguro que al traducir las manifestaciones de éstos falsearan su sentido.

Pizarro, creyendo de buena fe, culpables de conspiración a los cabecillas isleños, entregó a todos, menos al jefe principal, a sus visitantes del continente, que los asesinaron en el acto.

La furia y la indignación de los isleños fue tal, que unos quinientos guerreros se lanzaron sobre los españoles inmediatamente, pero éstos rechazaron el primer asalto con enormes pérdidas para el enemigo.

Una y otra vez atacaron los mal armados indígenas, pero las ballestas, armas de fuego, lanzas y espadas de los españoles, frustraron sus tentativas. Y entonces Pizarro ordenó una carga de caballería.

Los indígenas, al ver lo que se les antojaba espantosas apariciones de hombres prolongados en animales que desconocían, abandonaron el campo precipitadamente, llenos de pánico.

Para explotar tal éxito. Pizarro dispuso que el jefe, a quien

tenían prisionero, se dirigiera a sus guerreros, ordenándoles que depusieran las armas.

Habiéndolo hecho así, toda la furia de los indígenas se limitó a lanzar amenazas contra los blancos, de los que sólo habían podido matar a muy pocos.

Apenas terminadas las hostilidades, y con gran alegría de los españoles, llegaron dos tarcos con refuerzos de hombres y caballos, bajo el mando de Hernando de Soto..

Siendo, como era, un astuto diplomático. Pizarro inmediatamente libertó a anos seiscientos esclavos, que los isleños habían hecho prisioneros durante las recientes guerras contra los indios de Túmbez.

Con aire de triunfo volvieron éstos, junto con los compatriotas que hablan visitado a los españoles, a sus hogares allende la bahía.

Dos días más tarde, ya seguro de que iba a tener una acogida muy cordial, Pizarro embarcó a toda su fuerza, utilizando sus— propios navíos y las balsas, dirigiéndose hacia Túmbez.

Los primeros tres soldados que llegaron a la costa iban en una de las balsas, junto con otros tantos caballos y el bagaje.

Algunos de los muchos indios reunidos en la playa, entusiasmados, les ayudaron en el desembarco, conduciéndoles luego a un soto sombreado y fresco. Pero tan pronto como llegaron allí, los indios en apariencia amigos, se lanzaron sobre los soldados, que no sospechaban nada; les sacaron los ojos con gubias, y les cortaron los brazos y piernas con espadas y hachas.

Pronto desembarcaron alegremente otros miembros de la expedición que, ignorantes de lo que había ocurrido fueron atacados por los indígenas, en cuyas manos, aparte de otras cosas, cayó la mayor parte del equipaje particular de Francisco Pizarro.

Los soldados, al recobrarse de la sorpresa producida por el inesperado ataque, hicieron frente valerosamente a los asaltantes, al mismo tiempo que pedían socorro y avisaban a sus compañeros del peligro que les esperaba.

Hernando Pizarro, que se hallaba con su caballo sobre una balsa, lo montó y saltó al agua.

Los indios, que nunca habían visto un caballo con jinete, huyeron aterrorizados al arrojarse Hernando entre ellos con su armadura resplandeciente y blandiendo su espada. Así, de

momento, salvó la situación.

Poco después de estos acontecimientos desembarcó Francisco Pizarro con el grueso de la fuerza, e inmediatamente convocó un Consejo de Guerra.

Nadie podía explicarse, ni siquiera adivinar, lo que había ocurrido para hacer cambiar a los indígenas que tan amablemente se habían portado cuando la expedición estuvo allí anteriormente. ¿Por qué esta hostilidad? ¿Por qué, esta repentina ruptura?

Al encontrar los cuerpos mutilados de los tres soldados en el soto cercano, los españoles no pudieron refrenar su ira, y todos juraron vengar aquella acción traidora de los indios.

Pizarro, aunque estaba bien convencido de que tendría que librar algunos combates muy duros, no había sospechado que tan pronto pudieran surgir desgracias en la campaña; así, pues, al desbaratarse sus proyectos para un futuro inmediato, tuvo que hacer un reajuste de todos sus cálculos.

Cuando tomadas todas las precauciones, los, españoles entraron en la ciudad de Túmbez, encontraron que la mayor parte de sus habitantes la habían abandonado, y que casi todas las casas se hallaban en ruinas.

La misma ciudadela estaba gravemente dañada, y los templos habían sido despojados de todo su oro. La vista de tanta desolación produjo un efecto deprimente en los soldados.

Algunos de los hombres sufrían todavía los efectos de la larga marcha por la costa, y las enfermedades seguían haciendo víctimas, y ahora, después de todas estas angustias y sufrimientos llegaban a lo que les había sido descrito como un paraíso dorado, para encontrar tan sólo una ciudad deshabitada y llena de escombros.

Los murmullos de descontento se tradujeron pronto en ideas de rebelión pues la mayoría de los soldados creían que habían sido inducidos a formar parte de la expedición engañados con la ilusión de falsas realidades

Un destacamento que había salido con órdenes de capturar prisioneros, para interrogarles, tuvo la buena suerte de capturar al mismo Curaca, un gran jefe.

Aun cuando el cautivo contestó, libremente a todas las preguntas, las respuestas eran tan vagas, y en algunos casos tan contradictorias, que Pizarro consiguió muy pocas informaciones

útiles sobre la destrucción del pueblo y acerca del motivo de la hostilidad de sus habitantes.

Al preguntarles, por la suerte de los dos soldados españoles que Fizarlo había dejado allí durante su visita anterior, el Curaca y todos los indios interrogados contaron diversas historias.

Según algunos de los indígenas, ambos habían perdido sus vidas en lucha contra los hombres de Puna; otros decían que habían sido conducidos a presencia del Inca, y según otra versión, habían muerto a causa de una epidemia.

Un indio que se presentó a Pizarro pidiéndole protección, reveló que había viajado extensamente por todo el país, y se brindó a facilitarle toda clase de datos que pudieran serle de interés.

Informó a sus oyentes acerca del poderío del Inca, de la extensión y de la belleza de ciertas ciudades simadas en el interior del país, en las que el oro abundaba, especialmente en los numerosos templos y palacios..

Durante una larga entrevista con el Curaca, Pizarro consiguió una información que comprobó ser de vital importancia.

Según el jefe indígena, pocos años antes de la primera visita de Pizarro a Túmbez, había muerto un bueno y poderoso Inca llamado Huyana Capac.

Durante su glorioso reinado, las fronteras de su imperio habíanse extendido grandemente, en particular hacia el Norte, estableciendo una floreciente ciudad llamada Quito; se habían construido carreteras, y se mejoró el sistema agrícola, y el imperio gozó de los días más prósperos y felices que jamás había conocido.

En cumplimiento de los deseos de Huyana Capac, y después de su muerte, debían compartir el reinado del imperio sus, dos hijos favoritos, Huáscar y Atahualpa.

Los dominios de Cuzco los confiaba a Huáscar, y les de Quito a Atahualpa.

Durante unos cuantos años después de la muerte del Gran Inca, todo fue bien, pero despertóse la envidia entre los dos herederos y pronto empezaron las luchas.

Con suerte alterna, enfrentábanse sus ejércitos en una guerra sangrienta, pero eventualmente Atahualpa, gracias a la destreza de dos de sus generales, derrotó a los ejércitos de su hermano en una batalla terrible en la que perdieron la vida muchos hombres.

Las huestes victoriosas de Atahualpa entraron en la ciudad de Cuzco, donde asesinaron a muchísima gente, incluso a personas de sangre real que habían apoyado la causa de Huáscar, y quemaron los palacios y las casas, dejando la ciudad en ruinas.

Los guerreros de Puna, seguían reconociendo como soberano al derrotado Huáscar, y por esto, poco tiempo antes de la llegada de los españoles, quiso Atahualpa sojuzgar a los isleños, pero fracasó en su intento y la gente de Túmbez tuvo que continuar la lucha contra sus antiguos y hereditarios enemigos de Puna.

Cayó Huáscar prisionero y fue conducido a una fortaleza situada entre las montañas'.

Después de su victoria declaróse Atahualpa el Inca del Imperio entero y a los pocos enemigos que se habían salvado de su terrible venganza, se contentó con someterlos, a su gobierno.

Escuchó Pizarro la narración del Caraca con la mayor atención, pues en el antagonismo de los dos Incas entrevió una beneficiosa oportunidad qué ni siquiera había esperado.,

Sospechaba que aun debía arder un resentimiento latente entre los hombres, que Atahualpa había subyugado, y que si podía aprovecharse de esta circunstancia, la conquista del Perú sería mucho más fácil.

El Curaca y los demás prisioneros pidieron clemencia, perdón y paz, y al concedérselo Pizarro, volvieron la mayor parte de los indios que habían huido a las montañas y empezaron inmediatamente a la reconstrucción de su arruinado pueblo.

Los españoles nunca se hubieran extrañado tanto por la destitución de Túmbez, ni por la desaparición del oro, si hubieran sabido que existía en el Perú un medio muy eficiente y rápido de transmitir noticias.

Desde apostaderos especiales, corredores veloces llamados chasquis, llevaban los mensajes y hasta paquetes pequeños de posta a pasta.

Cuando Pizarro hubo meditado decidió internarse. Supo convencer a los más reacios. Y tras otra larga marcha, esta vez en mejores condiciones, llegaba Pizarro a los primeros bosques de las cordilleras de los Andes.

Empezaren ahora las difíciles escaladas, seguidas de descensos escalofriantes a valles profundos, donde el barro pegajoso y las

raíces entrelazadas de los fantásticos líquenes dificultaban el ya lento avance.

En muchos de estos valles sufrieran los españoles un calor sofocante, que, unido a las molestias que les producían las nubes de insectos, les hacían la vida casi intolerable.

En los desfiladeros hacía un frío glacial que agudizaban las nieblas producidas por la condensación del aire caliente que continuamente ascendía de los valles.

Era tan brusco el cambio de temperatura que les soldados debían moverse continuamente, porque de lo contrario empezaban a tiritar de dientes y mayores penalidades sufrían los que vestían armadura, pues sentían doblemente estos dos extremos de calor y frío.

Otro de los hercúleos trabajos que tuvieron que realizar los españoles fue el de transportar a los caballos y cañones por las escarpadas y resbaladizas faldas de las montañas.

Tenían que ir en zigzag por senderos abiertos por los indios, senderos que serpenteaban entre húmedas florestas y terrenos rocosos, haciendo difíciles y penosas las escaladas.

Los expedicionarios tuvieron que abrirse camino través de regiones indescriptibles, pobladas por fauna desconocida para ellos, tales como la vicuña, la llama, la alpaca, la chinchilla…

Desde las cimas que alcanzaron los españoles, la vista era impresionante, casi increíble. Sobre un mar de nubes, alzábanse innumerables cumbres cubiertas de nieves, parecidas a otras tantas resplandecientes islas blancas, batidas por un mar alborotado.

Aunque a esta altitud el sol era cegador, a causa de la diafanidad de la atmósfera, el frío era tan intenso que penetraba hasta los huesos y los hombres se apresuraban a descender en busca de regiones templadas en las que los lobos abundaban.

Por las noches, los vampiros repugnantes clavaban sus trompas en los caballos chupándoles la sangre debilitándoles de tal forma que por las mañanas estaban agotados; los gruñidos de los jaguares y otros animales salvajes despertaban majestuosamente en lo alto del azulado cielo en busca de un animal u hombre muerto para saciar su apetito.

Los habitantes de los pueblos y pequeñas aldeas, recibían a la expedición amistosamente, agasajándola con abundante comida. Venían desde muy lejos, para ver a los extraños barbudos hombres

blancos, a quienes consideraban como semidivinidades y contemplaban, con terror y asombro, las armaduras resplandecientes, las banderas, trompetas y armas, pero lo que les sorprendía más eran los caballos.

A la caída de la tarde, un grupo de indios, después de haberse acerrado lentamente a los caballos para mirarles más de cerca, observó maravillado que los animales triscaban los frenos.

Viendo que el bocado era de metal, desapareció el jefe indio rápidamente, para volver acto seguido con unos cuantos platos de oro, que colocó sobre el suelo delante de los caballos.

Al preguntarle los soldados por qué hacía aquello, les contestó el indio que quería hacerse amigo de estas bestias peligrosas que comían metal, y que había creído que el oro sería manjar más de su gusto que el hiero que masticaban.

Entonces los soldados, aprovechándose de la inocencia del jefe indio, le dijeron sirviéndose de un intérprete, que los caballos comían grandes cantidades de oro, lo que consideraban como una golosina. Y mientras los indígenas corrían en busca de más platos de oro, los españoles quitaban los que previamente habían colocado ante los animales.

A. medida que los españoles avanzaban cautelosamente a través de las montañas, temían caer en una emboscada preparada por los incas.

A lo largo de su rata, los expedicionarios encontraban no solamente graneros del Imperio Inca y fortalezas, sino también *tambos* o cuarteles, situados a lo largo de la carretera, a distancias de doce a quince kilómetros el uno del otro.

Se alojaban allí j muchos los asaltaron para adquirir libremente cuanto les hacía falta.

Habían transcurrido casi cinco meses desde que los españoles se aventuraron a explorar el interior, cuando por primera veas Pizarro obtuvo la noticia, de que un enorme ejército inca acampaba entre las montañas a poca distancia de allí.

Los soldados, que entonces se encontraban en un valle profundo, entre enormes montañas, se amilanaron momentáneamente.



se lanzó sobre él con gran furia

Pero el Intrépido Pizarro no vaciló, y dispuso estratégicas vigilancias, porque sospechaba que si hasta ahora los jefes indios y el país en general habían, recibido con toda amabilidad a la expedición, lo hicieron para inspirar confianza y hacerles caer en

una emboscada.

Se presentó en el campamento un noble peruano, acompañado por varios servidores. El visitante dijo que había sido enviado por el Inca Atahualpa para ofrecerles en su nombre algunos regalos tales como llamas, vicuñas, varios pájaros con vistoso plumaje, pimienta, loros, guacamayos, monos, esmeraldas, y turquesas y comunicarles que el Inca le había encargado informar a Pizarro que esperaba recibirle cerca de Cajamarca, pueblo situado sobre una llanura alta, allende las murallas de las montañas.

Cualquier persona menos prudente que Pizarro, hubiera sospechado que el verdadero propósito de la visita del noble peruano era averiguar cuanto le fuera posible acerca del ejercita español y de su fuerza. Pero no dejó traslucir por ningún gesto su sospecha y mostró estar encantado con los regalos y el mensaje de amistad del Inca.

Requirió del visitante que informase al Inca que se había enterado de la reciente guerra que había llevado contra su hermano y que el ejército español estaba a su disposición por si necesitaba ayuda en la campaña contra los rebeldes que todavía ofrecieran resistencia en las distintas partes del Imperio.

Pizarro encargaba al emisario por sobre todo hiciera presente también a su señor y amo, que había venido como embajador del único y verdadero rey, el de Castilla, el más potente y poderoso monarca de la tierra, y con el fin de impresionar favorablemente al visitante, le trató como si fuera un rey, e invitóle a permanecer en el campamento descansando antes de emprender su viaje de regreso.

Sin embargo, el emisario, ansioso de regresar al lado del Inca lo más pronto posible, no aceptó la invitación y preparó la marcha. Entonces ofrecióle Pizarro una camisa de hilo, una gorra encarnada, cuchillos y varios otros artículos. Lo que más gustó a aquél, fueron los cuchillos y las tijeras, pues aunque los peruanos sabían hacer una aleación bastante dura mezclando y fundiendo oro y cobre, no empleaban el hierro.

Después de partir el emisario del Inca, Pizarro, como acostumbraba cuando tenía que resolver un problema difícil y también cuando del apoyo resuelto y decidido de cada hombre, dependía el feliz éxito de sus planes, reunió a sus fuerzas y en pocas

palabras les explicó la situación.

Les dijo que era necesario que a toda costa, cada español, ayudase a mantener entre, los indígenas la ilusión de que los misteriosos visitantes blancos de allende los mares eran hombres sobrenaturales.

Por eso, añadió, era lo más conveniente marchar en línea recta a través de la aparente intransitable cordillera, con el fin de impresionar al Inca y su ejército.

Todos admitieron que fuera lo que fuese lo que él decidiera, le seguirían siempre. Pizarro escogió entonces a cuarenta soldados de a caballo y sesenta infantes, para emprender la escalada con él, mientras los demás procurarían seguirles lo más rápidamente posible.

Después de unas horas y en medio del general espanto, descubrieron sobre una enorme roca dominante una imponente fortaleza de piedra. Respiraron al ver que no estaba defendida, pues unos cuantos indios podían haber cortado su avance haciendo rodar sobre ellos rocas que hubieran aplastado a los invasores.

Al amanecer regresó el intérprete indio que había sido, enviado al campamento inca. El emisario traía la agradable noticia de no haber visto indicios de emboscada y que el Inca no parecía tener intenciones hostiles hacia los españoles.

Con el fin de averiguar los movimientos del ejército peruano, mandó otra vez a su intérprete con un mensaje para el Inca.

Triunfando sobre la naturaleza, llegaron por fin los soldados a las frías y borrascosas alturas. Reunidos la vanguardia y la retaguardia entonces llegaron los emisarios del campamento del Inca y les preguntaron en nombre de su rey cuándo pensaban los blancos llegar a Cajamarca,

Replicó Pizarro cortésmente que marchaban con toda la rapidez posible y que ya ansiaba saludar al Inca como a un amigo.

Cuando los embajadores peruanos elogiaron a su jefe y muy engreídos recordaron las victorias recientemente obtenidas sobre los ejércitos de Huáscar, Pizarro, con mucha arrogancia, les contestó que el monarca que le había mandado cruzar mares y montañas era más poderoso que cualquier Inca y para impresionar aún más a sus aturdidos visitantes, se vanaglorió de que en las guerras los hombres blancos eran invencibles.

Veinticuatro horas después de haberse marchado aquellos emisarios del Inca, llegó otro embajador suyo acompañado de varios servidores. El muevo visitante, que debía de pertenecer a la alta nobleza llenó un vaso de oró de una bebida alcohólica hecha de maíz fermentado y brindó a la salud de los presentes.

Después manifestó que había sido enviado para acompañar a los hombres blancos hasta Cajamarca, donde les esperaba el Inca.

A continuación hizo preguntas algo sospechosas. En aquel preciso momento, regresó el intérprete que Pizarro había enviado como emisario a Cajamarca por segunda vez con un mensaje para el Inca.

Aquél, al ver al noble peruano, se lanzó, sobre él con gran furia, pateándolo y abofeteándolo sin descanso.

Separaron de su víctima al agresor y Pizarro pidió a éste una explicación por haber acometido de esa manera a un representante del Inca, a lo que el intérprete contestó, con gran vehemencia:

—"¿Cómo voy a aguantarme al veros con este espía embustero? El Inca no me ha concedido audiencia ni alimento. Me maltrataron y a duras penas pude escapar con vida".

El enfurecido intérprete siguió diciendo que Cajamarca había sido evacuado y que Atahualpa con su ejército acampaba en un valle cercano. Previno a Pizarro contra los peruanos y explicó que al tratar de asustar a un jefe, hablándole de las armas de trueno irresistible de los españoles, el cabecilla indio se había reído diciendo que el ejército de loa blancos era demasiado pequeño para tomarlo en serio.

Cuando el noble peruano se restableció de los golpes explicó que debido a los días de ayuno, el Inca no podía conceder audiencia y aseguró que las intenciones de su señor para con los españoles eran de franca amistad.

Pizarro, indeciso y sin saber a quién creer, cortó la enojosa discusión que de nuevo se entablaba entre los dos antagonistas. Pero tomó toda clase de precauciones para evitar que le atacasen de improviso.

Bajando por las altas montañas llegaron a hermosas y fértiles regiones de clima delicioso.

Después de varias cortas etapas, divisaron a Cajamarca en un verde valle, que medía aproximadamente quince kilómetros de

largo por nueve de ancho.

El pueblo, con sus hileras simétricas de casas bajas con tejados de paja y los innumerables cultivos, superaba a todo lo que habían visto al otro lado de la cordillera andina.

Al lado opuesto del valle y sobre los verdes declives de un collado, presentóse a Pizarro y a su puñado de hombres un panorama impresionante, hasta para los más valientes.

Ordenadas en hileras perfectamente rectas, podían verse innumerables tiendas de campaña iluminadas por el brillante sol vespertino.

Los españoles estaban preparados para una sorpresa; sin embargo, aquel enorme campamento tan bien organizado despertó en su ánimo honda preocupación y justificado recelo.

Hasta entonces la oposición que habían encontrado se había limitado en todo el Nuevo Mundo, a la presencia de bandas sin disciplina de salvajes mal armados.

Pero esto era otra cosa; allí había acampado un verdadero ejército y por eso, cuando Pizarro y sus hombres contemplaban admirados el aspecto siniestro de aquel mar de tiendas de campaña comprendieron que ahora ya no podían volverse atrás y que para salvarse era necesario afrontar con decisión los acontecimientos y combatir con valor y sangre fría.

Pizarro dividió su pequeña fuerza en tres grupos, dos de los cuales quedaron bajo el mando de los mejores oficiales. Pizarro se puso al frente de la vanguardia y dio la orden de avanzar con banderas desplegadas y al sonido vibrante de las trompetas.

Al entrar en la población, observaron que había sido evacuada, excepto de unos cuantos ancianos aterrorizados. Á juzgar por el número de edificios y el aspecto de la ciudad, calcularon que en tiempos normales, debía contar con unos diez mil habitantes.

Las casas, bien construidas, eran en su mayor parte de adobe, o sea, tierra cocida, con vistosos techos de bálago, pero no faltaban las construcciones de piedra, siendo las mayores, entre ellas, dos formidables fortalezas.

Un triángulo inmenso formaba la plaza de la ciudad, rodeada de bajos y amplios edificios, cuyas puertas daban al terreno abierto que circundaban.

Después de haber tomado toda clase de precauciones para

protegerse contra un ataque por sorpresa, mandó Pizarro a De Soto con quince hombres a caballo para que visitase al Inca.

Para impresionar a los indios, los soldados españoles iban vestidos con deslumbrantes armaduras y sus caballos magníficamente enjaezados. Felipillo, el joven indio intérprete, formaba parte de la arriesgada expedición.

Después de partir De Soto, Pizarro, temiendo que los indios atacasen al más valiente de sus oficiales, envió a Hernando, su hermano, que al mando de veinte soldados, saliese para proteger a los expedicionarios.

Cuando De Soto y su escolta llegaron al campamento del Inca, fueron conducidos por los guerreros indios, a través de las tiendas, hasta un edificio que algo alejado del campamento, se alzaba en la ladera de una montaña.

De Soto se disponía a desmontar y entrar en el edificio, cuando apareció Atahualpa, rodeado por sus nobles. Por estar guardando en aquellos días el ayuno, vestía más sencillamente que de costumbre. Su prenda principal consistía en algo así como una camisa llamada *uncu*; en cambio, los cortesanos iban engalanados con los más bellos atavíos, luciendo mantos suntuosos, teñidos y bordados en colores brillantes; llevaban soberbios adornos de oro, montados sobre pedrería, pendientes macizos que colgaban de sus orejas, cuyos lóbulos estaban tan dilatados y ensanchados, que llegaban hasta los hombros y en algunos casos hasta mitad del pecho.

Los españoles quedáronse sobrecogidos y deslumbrados ante tan cegador lujo de color y riqueza.

Era fácil reconocer al Inca, pues alrededor de su cabeza llevaba una tira de paño carmesí, guarnecida de franjas, que cubrían su frente hasta los ojos.

Atahualpa tenía unos treinta años. Era muy corpulento, alto, de cabeza más bien grande y ojos inyectados en sangre. Los cronistas españoles le describían como hombre bien parecido, atlético y viril. Su semblante, completamente inexpresivo, parecía el de una esfinge. Estaba en cierto modo abstraído y se movía con la dignidad propia del señor indiscutible que se sabe dios de sus súbditos.

Luego de haberse sentado sobre un lujosísimo escabel de oro macizo, engarzado en perlas, esmeraldas y granates, se quedó inmóvil y callarlo, con la vista fija en el suelo. Después de un largo

rato, preguntó qué era lo que deseaban sus visitantes.

Entonces apeóse De Soto de su caballo y tras saludar ceremoniosamente, contestó con gran respeto, por mediación de Felipillo, que Francisco Pizarro, su jefe, deseaba saludar al Inca personalmente, con el fin de rendirle homenaje y ofrecerle las cosas que para él había traído fice allende los mares.

Siguió diciendo que su comandante consideraría como un gran honor que el Inca se dignase aceptar la invitación que le hacía de cenar con él aquella noche en Cajamarca o al día siguiente.

Por último expuso De Soto, que, aunque los hombres blancos eran extranjeros, deseaban rendir el honor y la reverencia debidos a un tan alto y poderoso príncipe, y vivir en cordial amistad con todos sus súbditos.

A todo esto replicó Atahualpa, que agradecía mucho los amistosos ofrecimientos del capitán de los blancos, pero por ser ya avanzada la hora y tener que observar el ayuno, visitaría a Pizarro al día siguiente.

Preguntó De Soto si el Inca tenía algún otro mensaje para su comandante. Contestó Atahualpa que deseaba asegurarle que aunque él se había presentado en Cajamarca al frente de todo su ejército, Pizarro no debía alarmarse. En este momento llegó Hernando Pizarro y al enterarse el Inca de que el recién llegado era hermano del jefe de los hombres blancos, por primera vez en la entrevista levantó los ojos, fijando su mirada en Hernando y dirigiéndose a éste le dijo que el jefe de una aldea india le había informado de haber matado a tres soldados españoles porque éstos habían tratado de asaltar el poblado, pero a pesar de esto, continuó el Inca, su intención era permanecer amigo de los hombres blancos.

A esto, Hernando, orgullosamente, contestó que el jefe que le había dado esta información era un farsante embustero, pues uno tan solo de los soldados españoles hubiera bastado para aniquilar a todos los guerreros indios de la aldea. Si Atahualpa quería convencerse de la invencibilidad de los hombres blancos, añadió Hernando, que le dijese quiénes eran los enemigos del Inca e inmediatamente serían derrotados.

"A cuatro días de aquí—replicó Atahualpa—viven mis más terribles y formidables adversarios contra los cuales no puedo hacer nada. Allá pueden ir los blancos para ayudar a mis soldados."

Jactanciosamente, respondió Hernando:

“Irán diez de nuestras soldados de a caballo. Este número bastará. Sólo hace falta que se nos indiquen el lugar dónde se esconden vuestro» enemigos”.

Por un instante, asomó una ligera sonrisa irónica en la adusta cara, del Inca. En aquel momento aparecieron varias jóvenes bellezas indias, con grandes copas de oro llenas de una bebida alcohólica.

Los españoles, que habían descubierto que este líquido se obtenía del maíz después de haber sido masticado y mezclado con saliva, vacilaron un momento, pero para no desairar a su anfitrión bebieron un poco. Durante toda esta entrevista, con el fin de prevenir cualquier traición, los visitantes, a excepción de Hernando y de De Soto, se habían quedado montados, dispuestos para una acción inmediata.

Desde que el Inca había levantado su vista del suelo para mirar a Hernando Pizarro, sus ojos no se apartaban del fogoso e indómito caballo de De Soto, que impaciente relinchaba, bufaba y escarbaba la tierra sin cesar.

Era evidente la curiosidad que despertó en Atahualpa la maestría con que De Soto manejaba su cabalgadura. Era, en efecto, un gran jinete y se complacía en exhibir la magnífica estampa de su airoso corcel.

Por aquellos días todos los nobles españoles practicaban la alta escuela ecuestre y como De Soto era uno de los mejores jinetes del campamento español, exhibió de modo espectacular su maestría, maravillando no sólo al Inca sino también a sus propios compañeros españoles que le contemplaban entusiasmados.

De cuando en cuando y para demostrar la velocidad del animal, le espoleaba partiendo a galope ligero, corriendo por entre las tiendas de campaña.

Algunos de los asustados espectadores retirábanse apresuradamente, al lanzarse el caballo en dirección suya, aunque De Soto, frenaba en seco y con pasmosa precisión la acelerada carrera del animal.

Una de las veces, el caballo se lanzó como una tromba hacia el asiento del Inca, parando tan cerca, que el aliento del caballo movió las franjas del turbante carmesí de Atahualpa. Éste, sin embargo,

permaneció tan inmóvil e impertérrito como una estatua.

Los soldados y nobles que mostraron señales de miedo fueron amonestado por el Inca y aquellos que habían huido ante el caballo, castigados severamente.

Según un cronista español, testigo presencial, fueron ajusticiados inmediatamente dos soldados peruanos por haber escapado aterrorizados.

Poco después de aquella entrevista con el Inca, partieren De Soto y Hernando Pizarro, cabalgando al son de las trompetas por el campamento peruano.

Los españoles habían hecho todo lo posible para impresionar a Atahualpa, pero su continente inexpresivo, nunca había revelado ni dejado asomar un solo momento sus pensamientos.

Aunque la música de las trompetas españolas era alegre y marcial cuando la pequeña fuerza atravesaba el campamento indio, tan pronto como De Soto y sus hombres salieron de él, cesó la música y en el más completo silencio regresaron a. Cajamarca.

Todos habían comprendido que contra un ejército como aquel no había esperanzas de victoria si tenían que luchar contra él.

Al ponerse el sol detrás de las cumbres de la cordillera, grandes y obscuras nubes se cernieron sobre el pueblo y el viento frío que descendía de las heladas cimas, la lluvia y el granizo, aumentaban la tristeza y él desmayo de los hombres que ya veían próxima su muerte.

La desmoralización se extendió por el campamento español al divulgarse lo que De Soto y su escolta habían visto aquella tarde. La única persona que conservaba la calma y el espíritu era Pizarro, quien convocó a sus oficiales para celebrar Consejo de Guerra.

Pizarro, que ya había hecho sus planes antes de emprender la marcha a, través de las montañas, hasta entonces los había mantenido secretos, pero ahora, dirigiéndose al Consejo, explicó lo que, a su parecer, se debía hacer.

Al terminar Pizarro de exponer su proyecto, quedáronse sus oyentes asombrados por la audacia de su jefe

Después de aprobado el plan por sus oficiales, Pizarro ordenó que varios de sus hombres montasen guardia en puntos convenientes. La noche era muy obscura.

A lo lejos, las brillantes hogueras del campamento indio iban

apagándose y el silencio sólo era interrumpido por las voces de alerta que los centinelas españoles se transmitían unos a otros.

En aquella noche eterna, pocos pudieron conciliar el sueño. Cuando por fin salió el sol, inundando de luz las montañas cubiertas de nieve, la vibrante llamada a formar de las trompetas, reunió a los soldados en la plaza.

Pizarro dividió la caballería en tres secciones de veinte soldados, a quienes ordenó que atasen a las sillas de sus monturas, los cascabeles y matracas que habían traído de España para regalárselos a los jefes indios.

Después de ocultarse las tres secciones montadas en los edificios designados por Pizarro, éste distribuyó sus infantes entre las diferentes casas que rodeaban la plaza y ordenó a los pocos arcabuceros de que disponía que se escondiesen en los tejados.

Los dos cañones fueron emplazados en los escalones de la fortaleza de piedra que dominaba la plaza.

Todo listo para actuar, los españoles se dispusieron a esperar la llegada del Inca. Acercábase el sol a su cénit y aun no se había sorprendido movimiento alguno en el campamento peruano. A medida, que pasaban las horas, se hacía más insoportable aquella calma para los soldados de Pizarro, ocultos, al acecho en sus escondrijos.

Por fin y ya avanzada la tarde, los vigías apostados en lo alto de la fortaleza gritaron que el ejército peruano se ponía en movimiento. La vanguardia constaba de unos doce mil hombres armados con mazas, de cobre y hondas, armas primitivas, pero temibles en manos fuertes y expertas.

Detrás de este bloque avanzaban miles de guerreros provistos, de palos largos con lazos. A esta enorme retaguardia compuesta en su totalidad de laceros, seguían los criados del rey y numerosas mujeres.

En el centro de esta grandiosa procesión, iba el Inca sentado sobre un trono de oro, colocado sobre una litera llevada por nobles.

Pizarro dio sus últimas instrucciones a los oficiales y soldados, subrayando una vez más la importancia vital de permanecer quietos y en silencio hasta que él diera la serial.

Después, junto con veinte de sus soldados más aguerridos y leales, se atrincheró en el interior de una casa, desde donde, por la

puerta entornada, podía verse la plaza.

La noche se echaba ya encima cuando los españoles se enteraron de que aquel considerable ejército había hecho alto a unos tres kilómetros. Mandó Pizarro un emisario, porque temía que su tropa, con otra noche de espera y cansancio, estaría rendida a la mañana siguiente si el inca aplazaba su visita.

El emisario volvió con la noticia de que Atahualpa aceptaba la invitación de venir, ya que le esperaban y no quería desilusionar a los blancos, y que se pondría en camino tan pronto como le fuera posible. El mensajero dijo, además, que el inca pensaba dejar el grueso de su ejército en el campamento, y que sólo vendría acompañado de cinco o seis mil hombres.

Está información le pareció a Pizarro demasiado buena para ser cierta, pues por varios jefes indios había oído contar que Atahualpa era un hombre muy astuto y que sus crueles e inhumanas artimañas guerreras no tenían límites.

Los españoles esperaban y escuchaban, mientras los pocos que podían asomarse por sus escondrijos lo hacían con gran precaución. Durante algún tiempo ningún ruido rompió aquel silencio sepulcral, excepto el rechinar y el pataleo de los caballos impacientes.

Sus jinetes, desenvainadas sus espadas y agarrando firmemente las lanzas, hallábanse preparados para el ataque, rezando.

Por fin, se oyeron a lo lejos cantos estrambóticos, que cada vez oíanse más claramente.

Después de otra espera interminable; los indios empezaron a entrar por centenares en la monumental plaza, barriendo la tierra con ramitas, al ritmo de sus melodías, figurando limpiar el camino de su monarca.

Detrás de ellos, envueltos en mantos de vivos colores, venían los hombres de la fastuosa guardia del inca, seguida de una formación de nobles ricamente vestidos.

Esta vistosa procesión llenó lentamente la espaciosa plaza de una espesa masa humana. De pronto, y sin obedecer a voz alguna de mando, abrieron los indios un camino ancho, en silencio, y...

—¡Repámpanos!...—gritó, asustado, Lucientes, saltando en pie, desenvainando y enfrentándose con quien acababa de propinarle un vigoroso, manotazo en el hombro.

Embriagado no sólo por el vino que constantemente había

estado trasegando, sino por la lectura, que progresivamente le había interesado, no vio marcharse al vinatero.

Quedándose solo junto al tonel, no percibió que era ya tarde en la noche, que estaba solo en la bodega, y que, más tarde, dos sombras entraban andando por entre los toneles hasta dar con él.

Espada en mano, imprecó:

—¡Perforo al malandrín que pretenda...!

—Menos, bravucón... Ya será menos—ironizó la voz del Pirata Negro, que brazos cruzados le contemplaba, mientras, a su lado, Cheij Khan, sonriente, miraba con agrado la figura del que había sido el primer hombre por el cual sintiera afecto.

—¡Albricias!...—rió alegremente, el madrileño, envainando y tambaleándose levemente—. Ya estamos reunidos. ¿Una copa para celebrarlo? Hay mostos de toda ricura...

La diestra del Pirata Negro, apoyándose en el hombro del borracho, obligóle a sentarse.

—No hemos venido a copear, don Diego, Si leyeras más y bebieras menos, mejor te iría. Ahora, abre bien las orejas, porque tienes que escuchar, sin aspavientos ni visajes.

—Bueno—dijo dócilmente el pelirrojo—. Soy todo orejas.

Capítulo IV

Sin aspavientos y visajes

—Serás todo orejas, pero también es indudable que estás indecentemente rezumando uvas por los ojos. ¡Maldito seas! ¡Te gusta más el vino que...!

—No es el vino, no es el vino— rebatió dignamente Lucientes, guiñándole un ojo a Cheij—. Es la lectura, la noche, la soledad y la alegría de veros a los dos las que me hacen parecer “vacilón” y embriagado.

—Sea lo que sea me disgusta comprobar que, apenas tienes ocasión, y donde bodega encuentras, te empapas,... Pero no tengo el humor propicio a regañar, estudiante. Veo que, por más que los años pasen, continúas tan lunático.

Y como el Pirata Negro estaba rebosante de euforia y felicidad, contempló, sonriendo burlón, a Diego Lucientes.

—Estás lindísimo con esa peluca.

—¿Verdad que sí? Estoy precioso Me la encasqueté, ya que, según tu fiel dogo, no debo llamar la atención. Pero ¿y Cheij? ¿Qué se colocará para no ser reconocido?

El Pirata Negro enlazó por los hombros a su hijo. Ambos tenían una expresión que intrigó a Diego Lucientes.

—Parecéis dos gatos después de una buena gatada. ¿Qué ratones os pasa?

—Acabamos de llegar, y nuestras respectivas amadas no saben que aquí estamos. Hemos querido, el chaval y yo, hablar contigo antes. ¿Te percatas del honor?

—Enorme, y no lo merezco—dijo con sorna el madrileño—. Ambas enamoradas están que trinan de impaciencia. Por eso, para no ver sus rostros compungidos, es por lo que me sumergí en

lecturas a la luz de un tonel.

—¿Recuerdas las extrañas preguntas de Tartar?

—¿No las voy a recordar? Me hacía el efecto de un saltamontes, tan pronto yendo a la zurda, como a la zaga, como a la diestra. Pero él contestóme que los saltamontes saben a dónde van. ¿A dónde trataba de ir Tartar con sus preguntas incoherentes?

—A esto. —Y el Pirata Negro mostró su brazo, que enlazaba los hombros de Cheij.

—A esto—repitió el muchacho, cogiendo la diestra de Lezama y besándola.

—¡Repámpanos!...—musitó Lucientes, asombrado—. El chacal besando la zarpa del león... Me agrada, chacal, ver que estás agradecido al que te ha mostrado ser tu mejor amigo, pues gracias a él te espera anhelante mi tormento de niña y...

—Haz lo que te dije— atajó Lezama, mirando a su hijo.

Éste avanzó y, asiendo por los hombros al madrileño, le estampó dos sonoros besos, uno en cada mejilla.

Y retrocedió, sonriendo infantilmente... Diego Lucientes frotóse las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Qué babitas son ésas? Éste no es mi Cheij: me lo ha cambiado. Ya no parece un filósofo enfurruñado y soñador, sino un mozo ávido de juguetes que no tuvo en su infancia...

—¿Y ahora, león?—inquirió Cheij.

—Sí... Ahora haz lo que discutimos. No es hora para amorosos diálogos en la alcoba, pero sí para tiernas contemplaciones del cielo, desde la terraza. Vete, hijo, y... después duerme bien con los felices sueños que ya te corresponden. Mañana nos reuniremos todos, y, sin visajes ni aspavientos decidiremos cuál será nuestro futuro hogar.

Corrió Cheij hacia la puerta, pero, dando vuelta, volvió a besar en ambas mejillas al estupefacto Lucientes y después la diestra del Pirata Negro.

Con ágiles saltos desapareció prontamente, y en la bodega quedaron a solas Lezama y Lucientes.

—Esto es... increíble. Este mozo se ha vuelto cariñoso, dócil, simpático... ¿Qué hierba le diste, hidalgo?

—Una hierba de muchos años... Dame ahora un trago, que lo necesito... ¿No percibes nada raro en mí?

—Ciego sería si no percibiera qué si tú viste en mí que yo rezumaba mosto, yo veo en ti que rezumas una íntima satisfacción tan poderosa, que no sé a qué atribuirla...

—Escánciame vino, estudiante..., y brindaremos por el más feliz de los hogares.

Después de chocar su copa contra la que sostenía el pelirrojo empelucado, repitió Lezama:

—Escúchame sin visajes ni aspavientos ni comentarios.

Y, sentándose a su lado, narró revelación de Tartar y la noche que él la dio a conocer a Cheij.

Cuando terminó, procuró volver al tono habitual en sus conversaciones con el que había sido su único amigo en los azarosos tiempos de la singladura libre del “Aquilón˘’:

—... y por eso he querido que tú seas el primero en saber la noticia. El mozo la comunicará a tu hija... Y eso es todo, don Diego.

El rostro que siempre expresaba truhanería del madrileño, tenía ahora una mueca extraña. Procuraba aparecer indiferente, como si lo que acabara de oír fuera algo corriente y sin importancia...

Pero sus ojos, empañados en humedad, brillaban de emoción...

—Vaya, señor conde Ferblanc ¿Conque a vuestra ya talludita edad os encontráis con un hijo repentinamente?

—Siempre aquí lo tuve—y dióse el Pirata Negro un puñetazo en el pecho—. Y ahora con nosotros está.

—Bueno, bueno... Pues nada, sin visajes ni aspavientos te digo que... no sé qué decir. ¡Ah, pero reclamo un derecho! Yo fui el primero en ver algo extraño en Cheij... Me era familiar... Que conste, Y por eso con él me fui, desertando por vez primera de tu lado..., y me satisface...

No supieron cómo, pero ambos encontráronse fundidos en estrechísimo abrazo.

Desprendióse el primero Lezama, mirando críticamente a su amigo.

—Ya está bien. ¿Es que vamos a ponernos sentimentales?

—Sin visajes ni aspavientos. Creo... que hace años y años que el vinillo no me producía este efecto. Me está campanilleando por las venas, repicando a gloriosa felicidad. ¿Qué más podíamos soñar? Tu Carlos y mi Gabriela... Oye—y echóse a reír Lucientes—: ¿pues no resulta que tú y yo vamos a ser... consuegros? Magnífica ocasión

para echar peleítas. Que si tu niño tiene la culpa, que si es mi niña..., cuando nubes aparezcan... Un deleitoso porvenir... Pero ¿y a dónde vamos, hidalgo? Tu Carlos y yo estamos en proclamas, y dan mucha plata por nuestras respectivas pelucas y pelambreras.

—Por el instante, aquí quedamos. Poco he de valer yo si no arreglo esto. Pensaba ir al "Aquilón", pero haríamos vida de proscritos... Sería vergonzoso... Quiero que tu hija y Carlos se casen como les pertenece por su edad. Con pompa, música y luces... ¡Es mi hijo, y quiero que todos se pasmen de verle tan majo!

—Dificilillo va a resultar, señor conde— dijo Lucientes, rascándose la sien—. Salvo tu mejor parecer, sería preferible irnos al "Aquilón", y, una vez allá, tú discutirías el asunto con los representantes del Rey.

—Veremos... Sigue ahora con tu tonel que yo voy a hablar con Mireya.

—Creo que, si agarro una papalina descomunal, por esta vez tendré perdón. Me ha quitado el sueño la gran noticia, y me ha dado mucha sed. Larga vida y salud para todos, Pirata Negro.

Y, al quedarse a solas, Diego Lucientes tendióse baje el tonel. Pero antes de abrir la espita, monologó:

—No sé por qué ms da el pálpito que el hombre que domeñó mares y genios del mal, el hombre que forjó legiones, el hombre que apabulló a grandes..., va a encontrar muy difícil el llevar a buen puerto esa familia peligrosa que formamos.

Pero, con la esperanza de que todo saldría por lo mejor, abrió ahora Lucientes la boca, para que en ella destilara la espita su chorro delicioso...

* * *

Mireya de Ferjus fue escuchando con creciente emoción el relato que de su reconocimiento del hijo que creía muerto hizo el Pirata Negro.

Y como principió terminó Lezama su relación:

—Sin visajes ni aspavientes, puedes ya darme tu opinión.

—No hay palabras para expresarte toda mi alegría, Carlos. Doble alegría, poique aprendí en circunstancias difíciles a querer a tu hijo, y porque veo tu actual propósito de crear un hogar, abandonando tu vivir aventurero..., al menos por algún tiempo. Pero quiero señalar un triunfo mío.

—¿Cuál?

—Presentí algo extraño en Cheij. Recuérdalo, Carlos. Todo mi deseo era que no pelearais. Llegué a decirte que te tendría rencor si le dabas muerte, cuando para ti sólo era un pirata...

—Ahora resultará que todos reconocisteis a mi hijo, y yo, no.

—Reconocerlo, no, Carlos. Pero yo dije que espiritualmente me recordaba a ti en muchos aspectos. Su gallarda apostura, su renuncia a exteriorizar sus estados de ánimo... ¿Por qué no ha venido contigo a verme?

—Tiene algo mucho más apremiante, querida... La noche es hermosa. En las terrazas se respira poética serenidad... Estará diciéndole a Gaby todas esas naderías tan deliciosas, que entre sí se dicen los novios.

Entornó Mireya los párpados, para decir, suavemente:

—Porque... siempre eres para mí la novia soñada. La única mujer en mi vida...

Y por espacio de bastante tiempo estuvo el Pirata Negro demostrando con gran sinceridad que, en las horas íntimas, sabía, en su ternura, decir muchas naderías, que Mireya escuchaba anhelante, como si oyera melodías que supieran describir todo el encanto especial de un amor sublimo.

Casi amanecía, cuando el Pirata Negro mostró cierto desasosiego, mientras, acariciando el hombro de su esposa, trataba de buscar las palabras más adecuadas para exponer su pensamiento.

Ella supo adivinar...

—¿Deseas decirme algo que te es difícil, Carlos?

—Ayúdame.

—¿A propósito... a propósito Humberto?

—Eso es.

—¿Le escribo diciéndole que vuelva?.. ¿Que tú deseas perdonarle?..

—Mejor aun. Le diré que me perdone. No me rechistes, Mireya.

—Es que te cuesta hacerlo así.

—Y aunque así fuera... ¿No te ha costado a ti más separarte de tu hijo?

—Nuestro hijo. Carlos.

—Como de todos modos ya no podría dormir, porque quiero cuanto antes resolver la situación del chacal y la de Lucientes,

puedo ahora escribir a Humberto. Tráeme pluma y papel, Mireya... Y no te burles si me ves sudar por hallar las precisas palabras. Tu hijo... nuestro hijo es muy sensible, y su temperamento artista es muy quisquilloso. Tendré que pulsar las cuerdas justas que reproduzcan notas adecuadas. Procuraré acertar.

Tardó bastante el Pirata Negro en mojar la pluma. Pero cuando lo hizo escribió rápidamente, lo que Mireya en voz alta leyó con íntimo fervor agradecido:

“Posada “La Vicuña”.
Ciudad de Quito.

“Mayo del año 1723.

“Personalísimo y privado para Humberto Lezama de Ferjus, marqués de Ferjus.

“Hijo mío:

“Ha transcurrido ya mucho tiempo desde que, en una aciaga noche, perdí los estribos.

“Quiero escribirte de hombre a hombre, sin que tu madre lo sepa.

“Me tildaste de inhumano, de violento, de bestial peleador carente de sensibilidad. En parte tienes razón, Humberto. Y también me calificaste de soberbio orgulloso. Lo soy, y por eso mismo tú juzgarás que he debido por fin comprender que fui injusto contigo, cuando ahora te pido perdón.

“Deseo que vuelvas a mi lado, Humberto. Seguramente tu madre, espíritu noble, no querrá que sus cartas te hagan sentir melancolía, hablándote de su íntimo pesar por no tenerte junto a ella.

”Si no por mí, hazlo por ella, Humberto. De vez en cuando tu madre me comunica que ha recibido unas líneas tuyas, y, por lo que oigo, triunfas con el arco y las cuerdas por todas las principales cortes europeas.

”También aquí, en estos Virreinatos, se aprecia el arte, Humberto, Y debes hacerme un favor. Cuando vengas, instrúyeme sobre la historia musical, en la que reconozco la profunda vastedad de mi desconocimiento.

”¿Qué más puedo decirte, hijo? No en vano heredaste de tu madre la fina sensibilidad inteligente, que os hace percibir las, recónditas armonías sinceras de la Naturaleza. Júzgame, pues, un basto producto natural, en el que alienta la recóndita armonía que suspira por veros felices a tu madre y a ti..

”Con el afán, de abrazarte pronto, recibe anticipadamente mi cordial bienvenida.

”Carlos Lezama
“conde de Ferblanc

“Post-scriptum. — Como siempre, dirige tus cartas al Real Despacho del Almirante Diéguez. Él, con sus correos propios, se encarga de que tus misivas nos lleguen pronto.”

—Bueno, señora marquesa, no veo yo que sea tan mal escritor que te haga llorar de fastidio—rezongó el Pirata Negro, para encubrir su satisfacción al ver iluminarse el rostro de Mireya cuando, terminada la lectura, ella, bañado el semblante en lágrimas, le sonrió con dulzura henchida de cariño—. También es cosa peregrina que haya tanta gente que llore cuando tiene dolor de muelas, y llore cuando tiene pena, y llore cuando es feliz. Siempre lloriqueos... Y vosotras, mujeres, tenéis la espita del llanto siempre entreabierta. Y... verte llorar me revienta, porque me pone sentimental.,. Anda, cariño, acércate..., y déjame recoger tus lágrimas... ¡Qué le vamos a hacer! Cada cual es como es, ¿no? ¿Escribes a Humberto?

—No. Esta vez, no.

—¿Por qué?

—Tu carta... es la que debe él recibir y sola. Es maravillosa, Carlos, y sólo tú podías escribirla.

—A veces creo, Mireya, que si me tienes tan esclavizado es porque eres una adulona, cuyos halagos se me antojan expresión sincera de verdades que me hacen sentirme un talento.

Alboreó, y la tenue luz primera del sol tenía para los dos esposos fulgor de felicidad y de claro porvenir.

* * *

Gabriela Lucientes, por enésima vez, recompuso los pliegues del chal con que cubría sus hombros.

Desde que “Cien Chirlos”, con rostro que a las claras demostraba su asombro, anunció, despertándola, que “el conde Ferblanc la hacía saber que esperara en l, terraza de su alcoba al joven caballero Cheij Khan”, Gabriela Lucientes había pasado por distintos estados contradictorios.

Nerviosa inquietud, éxtasis de ensimismamiento, escalofríos de ansiedad… mientras, adosada a la balaustrada de la terraza, aguardaba, después de haberse vestido con esmerada atención.

El rumor que sintió procedente del pórtico bajo resonó en sus oídos como ruido estrepitoso. No obstante, era silenciosa casi la ágil fogosidad con que Cheij ascendía por la columna para escalar el balcón.

La luz de las velas del candelabro colocado en el umbral del balcón desparramaba tenue claridad en la terraza.

Cheij avanzó, tendidas las manos, con paso carente ya de agilidad. Ella tendió también las suyas, rígido el cuerpo…

—Eres tú… —murmuró él, con voz temblorosa.

—Eres tú —repitió ella, tenuemente.

Dos palabras que debían contener mucho significado, porque a los dos les pareció quedar exhaustos, mientras sus manos entrelazadas transmitíanse todos los mensajes más elocuentes,

Y tras la larga pausa de silencio en que ambos contemplábanse como si se vieran por primera vez, dijo él:

—No debemos reñir ni pelear nunca más, Gaby.

—Nunca más—replicó ella, casi indicando, con su mirada que todas las tragedias que sembraron de obstáculos su idilio no habían sucedido.

—Serás mi esposa, nada nos separará y eternamente seremos felices, Gaby.

—Eternamente…

Cheij Khan, el que había sido en París un experto en elocuencias de fingido enamorado, hacía ahora largas pausas, y no hallaba palabras que pudieran expresar todo cuanto sentía…

Pero las largas pausas para ambos eran breves segundos.

—Eres para mí un ensueño, Gaby. Cuando tus ojos me miraban enojados, sentía el mundo derrumbarse a mi alrededor… Cuando

me miran como ahora comprendo que naciste para dar a mi existencia la dulzura de un plácido encanto mágico...

Ella entornó los párpados, porque presentía cercano el momento del primer beso. El contacto mórbido tantas veces imaginado, y que tanta desazón le producía...

No supieron cómo..., pero sus labios fundiéronse en íntima comunión le dos almas.

Un beso largo, estremecedor, suave, unidos los cuerpos y cerrados los ojos.

Lentamente recuperó Cheij Khan el dominio de sí mismo, y, abriendo los ojos, contempló el rostro amado.

Y con toda la poética imaginación del enamorado, Cheij comparó a la que entré sus brazos vibraba estremecida, a una flor cuyo tallo doblábase a impulsos de brisa acariciante...

Sus labios recorrieron en muda plegaria la tersa piel de la frente, el tembloroso aleteo de los párpados, y la nacarada palidez de las mejillas, para entibiar el grácil cuello, arqueado hacia atrás, y detenerse en el negro encaje del escote.

—Mía para siempre..., y mataré a quien te mire—dijo Cheij.

—Tuya para siempre..., y mataré a quien pretenda robarme tu amor—susurró ella, con celoso fervor.

Continuaron abrazados. De vez en cuando, interrumpíase el diálogo que siguió, porque los labios de Cheij renovaban su plegaria de idílico éxtasis.

—Debemos pensar a quién tenemos quo agradecer habernos reunido por fin,

—El hidalgo Lezama—replicó ella, sonriente—. Fue mi primer contenta el saber que habíais entablado amistad.

—¿Qué concepto te merece el hidalgo Lezama?

—Maravilloso, único; no hay hombre como él. Es... como sólo él pueble ser.

—Hay tanto calor en tus frases— fingió él repentino enojo—, que casi siento celos del hidalgo Lezama.

—¡Oh, qué bobada!—exclamó ella, con incredulidad—. Pero si el hidalgo Lezama es para mí... como un segundo padre. Figúrate que de niña, él me acunó y a veces me dio azotes... Parece mentira, Cheij, que puedas sentir celos de nuestro bienhechor. Gracias a él, tú estás conmigo. Gracias a él, yo estoy contigo. Y yo recuerdo que,

de niña, mi primera pena, y que mucho llanto me dio, fue saber que él sufriría mucha cuando su hijo Carlos se ahogó…

—De Carlos, el hijo, quiero hablarte… De éste sí que siento celos, Gaby.

—¡Oh, qué bobada!—volvió ella a exclamar.

—Me ha dicho el hidalgo Lezama que tú y Carlos jugabais juntos, os peleabais como gato y perro, y cuando hacíais las paces jugabais a ser prometidos.

—Te debe ser sincera, Cheij. Toda mujer tiene en su niñez un novio. Lo fue Carlos Lezama… Y algunas veces lo he recordado con pena, porque fue mi compañero de infancia. Pero eso no ha de molestarte, Cheij.

Extrañada, percibió ella mayor pasión en los besos de Cheij, y con más extrañeza le vio, al terminar sus caricias, reír sonoramente con alegría.

—¿Con que el hidalgo Lezama, es para ti un segundo padre, y Carlos Lezama el hijo, fue tu primer amor? Tus ojos azules fueron los que me atrajeron al principio cuando te vi, Gaby… Siempre, en mis pesadillas de niño mal tratado en manos del domador, había una luz que aquietaba mis penas. Era una luz azul, la tus ojos, la luz que iluminó mis juegos de niño…

Con mucha incoherencia fue narrando Cheij cuanto Tartar había revelado al Pirata Negro y cuanto éste había explicado á su hijo. Y para terminar su relato, que dilató el máximo los ya de por sí grandes ojos de Gabriela Lucientes, dijo Cheij riendo:

—Sin aspavientos ni visajes, como dice mi león de padre. Sabes ya que quien te abraza es tu Carlos, tu primer amor, tu único amor.

Continuaron, ella evocando la niñez y Cheij recordando machas de las escenas por ella suscitadas.



—Buenas mañanas, feliz pareja...

Alboreaba, cuando ella estaba hablando de su particular concepto de un hogar feliz.

Y de pronto sonrojóse ella, separándose con viveza de los brazos de Cheij, a la vez que lanzaba una débil exclamación:

—¡Oh, Cheij!

Siguió él la dirección de la mirada de su novia.

En la terraza cercana, el Pirata Negro, enlazando el talle de Mireya hasta de Ferjus, ondeó la mano,

—Buenas mañanas, feliz pareja... No tienes por qué ruborizarte, Gaby. Tu padre y yo aprobamos con vehemencia y verdadera rabia la idea de que pronto el lazo matrimonial termine con vuestras querellas de prometidos.

—Enlazó Cheij el tallo de Gabriela, aproximándose a la media pared que separaba ambas terrazas.

Tendió la diestra, y, asiendo la del Pirata Negro, saludó, mientras aplicaba, en ella los labios:

—Buenos días, padre.

—Todos lo serán, hijo. ¿Y qué más? Aunque no miraba a su esposa, Cheij comprendió el significado de las palabras de su padre.

Saltó ágilmente la media pared, para arrodillarse ante Mireya.

—Sois demasiado joven para que os llame madre, señora. Quiero llamaros como lo hace quien tiene la fortuna de teneros por esposa. Os llamaré Mireya, porque en ese nombre hay aliento de todo lo bello que puede una mujer reunir. Y mientras diga vuestro nombre, en mi corazón la palabra "madre" cantara, porque supisteis dar felicidad y continuo consuelo... a mi león plateado.

Mireya de Ferjus, inclinándose, abrazó a Cheij, mientras éste, poniéndose en pie, sonreía.

—¡Vaya con el chacal!—rezongó el Pirata.Negro, satisfecho—. Este mozo tiene labio. Bueno, no nos enternezcamos. Tú, amazona, ven acá, que te ayude a pasar esta pared. Desayunaréis los tres juntos, mientras yo hablo con mis hombres. Esta mañana va a ser atareada para mí. Y atiende a lo dicho, chacal. No salgas para nada de la posada.

—¿Cómo voy a salir, león, estando ella conmigo?

La felicidad más completa reinaba allí. Al igual que en el cielo no había la menor nube, tampoco existía la menor sombra en el pensamiento de los cuatro que entraban en la alcoba para dirigirse a la antesala, donde, sobre la mesa, humeaba la chocolatera...

"Cien Chirlos", que personalmente había querido traer el desayunó, sonreía porque veía todos los semblantes sonrientes.

Sentáronse ambas mujeres, y Cheij atendió al guiño del Pirata Negro, deteniéndose cuando se disponía a sorprender al viejo pirata con la revelación de quién era él.

—¿Alguna novedad, don Marcelo?

—Ninguna, como te dije, señor. El navarro vigila ahora porque es su turno.

—Yo tengo alguna novedad para ti, viejo. Mírale bien, chacal. Este es mi lugarteniente, el hombre fiel, que no sólo ha salvado mi vida en diferentes ocasiones, sino que ha sido mi sombra buena. Supo evitarme desesperadas acciones... Por cierto— añadió, dirigiéndose al aludido—que ahora recuerdo, cuando allá, en la isla de Lanzarote, al verme yo ante la lápida que decía que mi hijo Carlos pereció a los siete años, tú te engarzaste a puñetazo limpio conmigo, para quitar de mis manos la pistola con la que yo quería levantarme, la sesera. ¿Recuerdas, viejo?

—Fue... fue mi única rebeldía, señor...

—Bravo mozo era Carlos, ¿eh, viejo?..

Aunque algo extrañado, replicó el interpelado, con emoción:

—Era todo un jabato, mejorando lo presente.

Rió el Pirata-Negro:

—Tus modales de cortesía, cuando hay señoras delante, y crees haber pronunciado una palabra algo fuerte, resultan graciosos, don Marcelo. ¿Tú crees que mi hijo Carlos sería más fuerte y más guapo que el caballero Cheij?

—Fuerte es y… de muy buen ver el caballero Cheij, señor.

—Oye, viejo: demuéstranos que tu fidelidad es como siempre, ciega y absoluta. Si yo te dijera que esta chocolatera es un tambor, ¿qué me replicarías tú?

—Que es un tambor…; pero después, señor, tú mismo me explicarías por qué lo que es una chocolatera a ti te pareció tambor.

Rió "Cien Chirlos" porque todo* reían. Estaba muy contento, porque nunca había visto tanta alegría en el semblante del Pirata Negro.

—Bueno, viejo, pues… vuelves a ser padrino.

—¿De quién, señor?

—Del caballero Cheij.

—Como tú digas, señor.

—Y ahora, sin aspavientos ni visajes…, ¡abraza al caballero Cheij porque es mi hijo Carlos!

"Cien Chirlos" había recibido golpes sin pestañear. Golpes que hubieran derribado a un buey, y ni siquiera se tambaleó.

No obstante, al ver aproximarse a Cheij, y oyendo la exclamación del Pirata Negro, sintióse al borde del mareo. Aferróse a la mesa, húmedas de sudor sus manos.

—¿Dijiste, señor…?

—La chocolatera es un tambor, y después te lo explicaré.

Maquinalmente, el viejo pirata devolvió las manotadas que Cheij le aplicaba en las espaldas…

Todo le parecía irreal. Tanto las risas que provocaba su rostro estupefacto, como las palabras del que le abrazaba:

—Hola, padrino… Tienes unas espaldas duras como la piedra. Buenas peleas vamos tú y yo a hacer, padrino. Mi padre dice que no hay bruto más bravo que tú; y yo quiero volver a ser el bruto bravo que de niño, en la cubierta del "Aquilón", te propinaba puntapiés, y

tú, rodando por la cubierta, te dejabas montar... Gaby, la que pronto será mi esposa, me ha dicho que cuando yo te tiraba de los cabellos, tú reías gozoso...

También ahora rió gozoso “Cien Chirlos”, mientras lagrimones caían de sus ojos. Palmoteó con vigor los hombros del muchacho.

—No entiendo nada aún, chaval... Pero ¡tú eres el jabato que me tiraba de las greñas! Y... ¡viva este amanecer, porque todos somos felices! Y... lo siento, señor, pero ésta es mi segunda rebeldía. Hago visajes y haga aspavientos, mal te pese, porque en tu rostro hay tanta dicha, que estoy moqueando y lloriqueando, mal me pese a mí. Pero..., ¡rayos y truenos!... ¡si hoy no lloro, reviento!

Desayunaron. Volvió complacido el Pirata Negro a explicar la revelación de Tartar y las pesadillas de Cheij.

—...y ahora ya ves que cuando te digo que una chocolatera es un tambor, no lo puedes dudar. Bueno, ya está bien; viejo. Dije que sin aspavientos ni visajes, y estás mirando al chaval como si vieras un prodigio. Está babeando casi...

No era así, pero secóse el viejo pirata la boca con un revés de mano. Sus ojos no podían apartarse de Cheij, que ya estaba en dulce coloquio con Gabriela.

—Vamos a ver a tus compañeros, viejo. No te despidas. Sé discreto, ¡qué diablos!...

Hasta la puerta les acompañó Mireya, la cual estrechó 1a diestra del lugarteniente, a la par que le decía:

—Felicitaciones, don Marcelo. Y aplaudo vuestra rebeldía. Hicisteis muy bien en no reprimir vuestros aspavientos ni retener vuestras muecas de alegría.

—Incitación a la rebelión—sonrió Lezama, besando a su esposa —. Vámonos, don Marcelo... El exceso de felicidad es también agotador. Y nuestra familia contempla con demasiado arrobo este cielo sin nubes.

Capítulo V

El nubarrón

—¡Ay, Ambrosio!...—suspiró, como cosquilleada, la mujer—. ¡Ay, Ambrosio, qué bien hablas! ¡No entiendo, ni la mitad de lo que me dices..., pero, qué bien hablas!

Durante los días de la estancia en lo posada “La Vicuña” Ambrosio Bustamante había estado cortejando con bastante éxito a la criada que respondía al nombre de Carmen y representaba unos treinta años sazonados.

—Yo opinó, hermosa Maritornes de mis carnes, que mi cultura e instrucción te apabullan, pero el apabullamiento no es obvio ni pertinaz, parque lo que no entiendes significa que estoy loco perdido por tus huesos, tan bien envueltos en almíbar, que almíbar es tu carnal envoltura.

Desprendióse ella del abrazo que iba siendo ya algo comprometedor... Señaló la bandeja que traía y el rincón donde estaban los otros dos piratas.

—Nos pueden ver, Ambrosio. Además, debes tomarte el desayuno antes que se enfríe. Yo misma he preparado en el horno esos bollitos de leche que se funden en la boca... ¡Ay, Ambrosio!—exclamó ella, rehuyendo los brazos del navarro—. No seas malo, y desayuna, mientras yo continúo con la conversación que anoche tuve que cortar, porque debía ir a dormir. Si tú eres mayordomo, como me has dicho, tú y yo podemos casarnos..., porque tengo mis ahorros, ¿sabes? Y tú también tendrás los tuyos, ¿no?

Una mentira más o menos, era cosa que en muy poco inquietaba al navarro.

—Tengo mis ahorros—dijo, con la boca llena y chorreando chocolate por las comisuras de los labios.

—Yo tengo cincuenta y seis onzas de plata, ¿sabes, Ambrosio?

—Y yo..., ciento seis.

—¡Qué bien! Ya nos podemos, casar...

—Poco a poco, dulce Maritornes.

—¿Por qué me llamas así? ¿Qué es Maritornes?

—Palabra que emplea mi principal señor, y que se aplica a las que, como tú, dan de yantar al caminante, previo y obvio pago.

—Me llama el dueño, Ambrosio. ¡Ya voy! ¡Ay, Ambrosio, suéltame, hombre! ¡No seas tan bruto, repeineta!

Quedóse el navarro relamiéndose, tanto por el chocolate como por su despedida fogosa a la, que, sonrojada, corrió para salir del alojamiento de las caballerizas.

En el rincón, Juan Pérez y Lucio Agudo terminaron de desayunar.

—No sé qué diablos verá la Carmen en este navarro—dijo, despechado, Lucio Agudo.

—Palique que tiene el "Pencas"... Suelta palabrejas sin ton ni son, y eso es lo que conviene. La criada se queda turulata, y a las mujeres no hay que darles razones, sino coba... ¡Qué cosas!—suspiró el pirata, que siempre estaba obsesionado por toda mujer que veía. Y dibujó en el aire con las dos manos unas pronunciadas curvas.

—Yo opino que a la cortejada del prójimo se la respeta, ¿eh, Juanelo?— gruñó el navarro, que se había acercado al grupo—. Que si buena es la coliflor del huerto ajeno, tranca hay del hortelana...

—Hombre, no te calientes, "Pencas". Que yo era, en buena parte, como estaba elogiando a tu menegilda.

—¿Menegilda?..—bufó, irritado, el navarro—. Ojo con las palabras, ¿eh, Juanelo? A mi hablas tú claro, como yo suelo acostumbrar, porque yo opino que tanto más espeso es el chocolate, tanto más claro es el lenguaje.

—Debes tú, pues, tomar chocolate muy clarito. No te rebrinques, "Pencas". Menegilda es lo mismo que maritornes.

—Ah, bien; eso ya es otra cosa... ¿Os habéis fijado, compadres?.. La tengo loca por mis huesos. Me ha dicho que tiene cincuenta y seis onzas ahorrada... Y me cree mayordomo...

—¡La monda!—rió» Juanelo—. Eres un hacha, "Pencas". Tienes una carota de miedo.

Siguieron comentando con grandes risotadas, hasta que súbitamente saltaron los tres en pie, destocándose.

—¡Hola, perillanes!—dijo el Pirata Negro, acercándose—. Contadme la cuchufleta para que me ría yo también.

—Es la criada, señor—dijo el navarro, algo cohibido—. Me cree mayordomo y me quiere dar sus ahorros, para que nos casemos.

—¿Y eso os hace tanta gracia, reata de mulas? Una de dos, "Pencas": o le coges los ahorros y la llevas ante el cura, o deja en paz sus sudores en moneda. Hay muchas mujeres por el mundo, sin acudir a engañar maritornes. Al grano. Tú, Juanelo, *atrinca* el mejor caballo y lárgate a todo casco a Buenaventura. Lleva este mensaje. Así, la guardia de soldados del capitán Guzmán, para quien va la carta, dejará zarpar al "Aquilón", que anclará en la Cala de San Francisco, que es la más cercana en línea corta desde aquí. Tú, Rucio, elige otro penco, y a Santa Fe, donde recogerás a maese Alfredo Huarte, el gacetillero, diciéndole que me urge verlo. Tú, "Pencas", continúa aquí, que del resultado de mi entrevista con quien sea la máxima autoridad aquí dependerá el que partas con otro mensaje, o te quedes cortejando a la maritornes. ¡Romped filas! Ven conmigo, navarro. Tú y don Marcelo, de guardia en el rellano del piso donde moran mi esposa y el par de tórtolos.

Cuando abandonó Lezama la caballeriza montado en brioso potro, el mesonero aguardábale al exterior.

—Lo dicho, Julio Antón. No tenéis huéspedes, por fortuna, pero no admitiréis ninguno mientras dure la estancia de mi familia acá. La posada "La Vicuña" es ahora mi provisional hogar, y no quiero moscardones. ¿Entendido?

—Entendido, excelencia — saludó el mesonero, inclinándose profundamente varias veces.

La bolsa de oro entregada por el que ahora alejábase al trote había sido señorial pago.

Hacia el rellano encamináronse el navarro y el aragonés.

—Yo opino que hay algo nuevo en el aire, compadre. Olfateo novedades. Tú sonríes como un bobalicón, y el jefe está de muy buen humor. ¿Qué pasa?

—Pasa... que no es asunto tuyo.

—Yo opino que mejor es reír que gruñir, compadre. ¡Anda, ahí viene mi maritornes! ¡Voy a pegar un poco la hebra con ella, sin

salirme del rellano!

Aquel día “Cien Chirlos” estaba de tan excelente temple, que pasó por alto que el navarro tuviera un concepto muy singular de “pegar la hebra”.

Mientras, el Pirata Negro atendía a la preventiva operación que, tanto en lances bélicos como en otras cuestiones, calificaba de reconocimiento previo del terreno.

Después de indagar en los lugares donde sabía que toda ciudad presenta información, sabía a qué atenerse.

Quien gobernaba la ciudad de Quito era un tal Ruy Garrido. Un valenciano. Un soldado famoso por sus hazañas en las expediciones pacificadoras del interior.

Se contaba que, debido a su arrojo y a un arma especial de que disponía, y a la cual, como un rey su cetro, empuñaba en sus audiencias y fuera de ellas, había exterminado a un grupo de indios quichuas que habían dado muerte al resto de los que formaban la expedición.

Seguramente, como resultado de tal hecho de armas, al que siguieron otras afortunadas campañas Ruy Garrido ostentaba el mando delegado en Quito del Virrey de Nueva Granada.

Los pensamientos del Pirata Negro eran optimistas. Un militar español, seguramente dotado de esa característica hidalguía brusca y viril que marcaba a los soldados encumbrados por hazañas.

Pensó en que los apocados decían que Ruy Garrido era duro, insensible y difícil de, tratar.

Otro tanto ocurría con todos los que con muchos trances, de peligro habíanse visto, reflexionó el Pirata Negro mientras se dirigía hacia el palacete que en la parte más alta de la ciudad ecuatoriana ostentaba los gallardetes del Virrey, con el pendón insignia del mando delegado,

“Fanfarrón” le denominó en su fuero interno, recordando los informes obtenidos y mirando el pendón que a ambos lados de la verja de entrada al palacete colgaba junto a los gallardetes. Veíase en la tela una extraña maza corta, en forma de bola con púas, sujeta por cadena, y como leyenda: “Ruy Garrido sin rival”.

Entró Lezama, tras entregar las riendas a un palafrenero, en la sala donde un escribano, pluma en mano, terminaba de escribir, mientras retirábase el que hasta entonces con él hablaba.

—Buenos, días, amigo. Audiencia pido. Me urge hablar con Ruy Garrido.

El escribano miró con cierto reproche al recién llegado.

—Turno esperaréis, caballero. Hay dos personas antes que vos. Declinadme vuestro nombre y el motivo de vuestra petición de audiencia. Ruy Garrido no recibe hasta las diez, y son las nueve y media.

Otro de los rumores unánimes decía que el delegado del Virrey en Quito no quería oírse llamar más que por sus dos nombres, porque afirmaba que Ruy y Garrido tenían más categoría que Excelencia y Señoría.

—Esperaré, plumífero...—replicó de buen humor el Pirata Negro —. Mojad la pluma y dibujad dos palabras que digan “conde” y “Ferblanc”. El “Ferblanc” con efe de “fastidioso” y con be alta de “burro”. El motivo de mi petición de audiencia es secretísimo.

Empezó el escribano a dibujar las letras de “conde”. Con más lentitud la palabra “Ferblanc”, y, apenas la hubo terminado, púsose en pie como si repentinamente en su silla, hubiera brotado un cardo.

—¡El conde Ferblanc! ¡Vos sois el conde Ferblanc! ¡Perdonad, ilustrísimo! ¡Iré personalmente a advertir a Ruy Garrido de vuestra presencia!

Regresó el escribano, minutos después. Veíase cierta confusión en su semblante...

—No os lo toméis a mal, señor conde, pero Ruy Garrido dice que os recibirá... por turno. Es costumbre, ¿sabéis?, y es muy rígido en este principio Ruy Garrido.

—Hace bien. Gracias, de todos modos, por vuestra gentileza, amigo. Y como hacer antesala no me place excesivamente, pasearé por el jardín. Sí tenéis la bondad de avisarme cuando Ruy Garrido me llame, ahí estoy aspirando flores y lechugas.

—¡No faltaría más, señor conde! ¡Personalmente tendré el honor de rogaros que me acompañéis a la sala de audiencia!

Mientras paseaba, el Pirata Negro no sentía enojo. Era natural que Ruy Garrido sentase férreos principios de igualdad.

La causa era muy otra...

* * *

—Repite otra vez, chiquet.

—Fue sólo anoche, como os digo, Ruy Garrido, cuando estuve cierto de no haberme equivocado: El individuo en cuestión estaba leyendo y bebía sin cesar. Yo, a la medianoche, me retiré, pero no podía dormir. Fui a la plaza Mayor, donde está la proclama, y leí la descripción del evadido de la cárcel de Bogotá. La cicatriz vertical en la frente, el antebrazo izquierdo de hierro. El individuo en cuestión tiene la cicatriz en la frente, aunque la disimula con pomada. Le rocé el antebrazo cuando tuve las primeras sospechas, y era duro como ninguna carne puede ser. Lleva siempre manopla en la mano izquierda. Lo único que no coincidía era su cabello blanco, pero pensé en la peluca... Volví a la posada, cuando vi descender de sus caballos a dos individuos. Uno de ellos... se me antojó era igual al otro fugado de la cárcel de Bogotá. Y después... no me atreví a escuchar, porque estaban al fondo de la bodega y me hubieran visto, pero cuando salió el joven, y después el de más edad, entré en la bodega. El individuo a que antes me refería estaba tendido bajo el tonel. Bebía, y su peluca se había ladeado... ¡Sus cabellos de verdad eran rojos, Ruy Garrido! Y esta mañana Julio Antón dijo que no aceptaríamos más huéspedes, porque mientras se alojase allá aquella familia, la pesada entera y el servicio eran de ellos.

—Muy bien, chiquet. Regresa a tus funciones de vinatero, y descuida, que si ciertos son tus informes, recibirás la crecida recompensa que indican las proclamas. Pero no te descuides... No digas nada a nadie, que en ello te va el pellejo. Si esos dos son les piratas fugados, no se andarán con chiquitas.

Era la primera audiencia concedida por Ruy Garrido. Despachó brevemente la segunda, y voluntariamente dejó transcurrir tul cierto tiempo antes de decir:

—Que pase el siguiente.

La sala de audiencia privada tenía en sus cuatro ángulos el pendón: “Ruy Garrido sin rival”.

Ruy Garrido era zurdo. Físicamente pequeño, pero fortísimo y de muy abultados músculos, el valenciano poseía un rostro inexpresivo, que no traicionaba ni uno solo de sus pensamientos.

Vestía con mal gusto y semejaba un herrero endomingado. Tanto más, cuanto que en su zurda asentábase la peculiar maza que le dio la fama qué disfrutaba.

Una bola de corto mango, erizada en pinchos y sujeta a su

muñeca por argolla, de la que pendía cadena.

Un armatoste pesadísimo, con el cual continuamente ejercitaba el valenciano sus poderosos músculos. Volteando la cadena, la maza convertíase en arma peligrosísima.

Este era el hombre que, al entrar el Pirata Negro, se puso en pie para, decir:

—Permitid un instante. Tengo que hacer.

Era una evidente descortesía, pero no lo pensó así el Pirata Negro, que se limitó a sentarse al abandonar el despacho Ruy Garrido.

Capítulo VI

Aumentan los nubarrones...

Ruy Garrido, psicológicamente, era un complejo de astuciosa cazurrería, de fanfarrona seguridad en sí mismo y de envidia a quien lograra fama por lo que fuera.

Cuando oyó relatar las hazañas del conde Ferblanc sintió repentina aversión hacia el lisonjeado jefe de la Legión del Mar. Y ahora que tenía ocasión de vejarlo, deseaba intentarlo en cuanto pudiera.

Ignoraba aún que su visitante era uno de los componentes del grupo que se alojaba en la posada “La Vicuña".

Dirigióse al cuerpo ele guardia, cuyo oficial en turno le saludó respetuosamente.

—Que os releve el entrante, teniente. Vos y vuestra sección vais a cumplir una misión especial. Rodearéis la posada “La Vicuña”, en formación cerrada. Nadie saldrá de ella hasta que yo vaya en persona. Si sale alguien, apresadlo, y, si preciso fuera, disparad. La orden es terminante, teniente. Bastarán vuestros treinta soldados. Y saber que si alguien sale de la posada, vos responderéis de ello. Partid a establecer hermética vigilancia alrededor de la posada. De ella no debe salir nadie absolutamente. Nadie absolutamente. Partid con vuestra sección.

Regresó Garrido a su despacho. Por el camino hacía saltar la pesada bola. Ahora pensaba en qué motivo podía ser el que traía a pedir audiencia al que reputaban soberbio y retador.

Entró, y, por cortesía al cargo que ocupaba, púsose en pie el Pirata Negro.

Sentóse el valenciano. Su semblante inexpresivo nunca exteriorizaba sus pensamientos. Tenía ante él al hombre que

obscurecía su propia fama. Se hablaba más del conde Ferblanc que de Ruy Garrido.

—Vos diréis—habló secamente.

—Largo y prolijo es, Ruy Garrido.

—Abreviad, que mi tiempo es precioso.



—No gusto de ironías.

Arqueó Lezama la ceja izquierda, pero estaba dispuesto a ser benévolo con quien fuera.

—Por motivos muy poderosos no he querido recurrir a lo que muy fácil me era, permaneciendo sin visitaros.

—No he solicitado vuestra visita.

—Ciertamente. Aquí estoy porque he venido...—sonrió el Pirata Negro—. Pero tengo gratas impresiones de cuantos militares he tratado, tanto en contra como a mi favor. Deseaba enterarme de un extremo original.

—Antes que continuéis, decidme quién sois.

Acentuó Lezama el arqueo sarcástico de su ceja, para replicar afablemente:

—Vuestro escribano os comunicó quién era yo. Pero, ante vuestro ruego, lo repetiré: Carlos Lezama, conde, Ferblanc.

—Credenciales—y el valenciano tendió la mano.

—¿Credenciales? No usé nunca tales papeles, Ruy Garrido.

—¿Creéis entonces, que basta con que aparezcáis para que os reconozcan? No sois tan famoso como para eso. ¿Cómo puedo yo saber si sois o no un impostor?

—Ciertamente que me ponéis en un aprieto. Tenéis razón. Podría yo ser un impostor. Pero debo tener algo en mi fisonomía, aspecto o lenguaje que hace que todos me reconozcan como el único, legítimo y verdadero conde Ferblanc.

—No gusto de ironías.

—Yo, sí; pero aquí mandáis vos. Procuraré, pues, poner también un semblante inexpresivo.

—Abreviad. Suponiendo que seáis el conde Ferblanc, decid ya de una vez lo que venís a pedirme.

—¿Pediros? Nada,

—Entonces, ¿para qué me estáis molestando?

—¡Tate!… Sois algo durillo de lengua, Ruy Garrido. Aunque sea yo un desconocido para vos, o un impostor, os supongo cortés para quien os visita.

—Soy quien soy. Demostradme que tengo ante mí al conde Ferblanc, y os trataré con la cortesía debida a todo visitante. Pero por ahora no veo el motivo por el cual tenga que contener mi lengua. Estoy en mi despacho y soy la máxima autoridad de Quito.

El Pirata Negro rió en silenciosa mueca. Ruy Garrido hizo saltar en su zurda la erizada bola de hierro.

Su semblante continuaba hermético como siempre, pero interiormente le puso colérico la burlona risa silenciosa del que consideraba un rival en fama.

—Decid lo que causa vuestra risa.

—Os encolerizaría.

—No sois quién para saber mis reacciones. Dicen que el conde Ferblanc se insolentó con un tribunal, con el gobernador de Santa Fe, y que es su costumbre hacer gala de su pasado tormentoso, sobre el cual, con magnanimidad, todas las autoridades corremos un tupido velo de perdón.

—Corregidme si me equivoco, pero me parece que estáis tratando de sacarme de mis casillas.

—Me molesta vuestra actitud desde que habéis entrado. Parece como si por doquier fuerais perdonando vidas.

—No sois quién para saber mis reacciones, os digo, remedando vuestra anterior frase. Precisamente vine aquí arrimado del mejor humor y dispuesto a toda cordialidad. Pero presiento nubarrones, Ruy Garrido.

—Presentid tormentas, si se os antoja así, pero persisto en preguntaros la razón de vuestra muda risa.

—Trataré de que nazca entre ambos una cordialidad necesaria.

—No es necesaria para mí.

—¡Tate!... Dejadme contar hasta siete,..—Y, tras una pausa de silencio, sonrió el Pirata Negro. —Es mi costumbre, cuando quiero tascar el freno. Me reí antes porque... ¿Cómo os lo diría con lenguaje expresivo, que pudierais ver tal si fuera un cuadro? Creo acertar... ¿Sabéis quién manda más destempladamente? Las criadas que algún día se convierten en señoras por azares de fortuna o maridaje. Y están continuamente recordando a sus visitantes que se hallan en sus casas, como si temieran que las confundieran con la maritornes. Y también debe ser cierto el dicho que asegura que el señor sabe ser pobre, y dificililllo le resulta al que no acostumbró a mandar, saberlo hacer. Por dos veces me habéis dicho que estáis en vuestro despacho. Observad que en la parte alta de mi rostro tengo dos ojos. Dijisteis que erais la máxima autoridad en Quito. Observad que a ambos lados de la cara tengo dos caracolas sobresalientes, por las cuales ya oí que erais el delegado con mando en Quito del Virrey de Nueva Granada. Y, por último, desde que aparecí por aquí me ha parecido observar que tratáis de humillarme, Ruy Garrido. La más reciente alusión al perdón, a la magnanimidad y al tupido velo, eran hábiles fintas para intentar herir mi siempre despierta irritabilidad.

—¿Habéis terminado?.. — inquirió Ruy Garrido, siempre inexpresivo, pero mortificado.

—Sí.

—No recojo vuestras alusiones a criadas y encumbrados que no saben serió. Sería daros trato de igual rebajarme a discutir con vos, mientras no sepa quién sois. Contestad primero a las usuales preguntas de rigor. ¿A qué habéis venido a Quito?

—Acudí a cita de mi esposa.

—¿Dónde os alojáis?

—En la posada “La Vicuña”.

Nada reflejó el semblante del valenciano. Pero tardó unos instantes en decir:

—Ahora podéis declinar el motivo de vuestra visita.

—Parecéis más dispuesto a ser cordial. Veamos si no me engaño. ¿Persistís en creerme un Impostor?

—No.

—Entonces, podáis seguramente estar en posesión, de noticias referentes a dos personajes que mucho me interesan.

—¿Quiénes son?

—Dos evadidos del palacio de Bogotá.

—¿Sus nombres?

—Diego Lucientes el uno, y el otro es conocido por el apodo de “El Chacal”.

—Proclamas hay exigiendo que cualquiera que sepa su paradero está obligado a comunicarlo, so pena de complicidad, castigada con pena de muerte...

—No era eso lo que deseaba saber precisamente, sino, simplemente, en qué estado se halla el archivo de la causa seguida contra ellos. Pensé que por la continua comunicación entre todas las autoridades, podríais poseer la copia escrita de la decisión tomada con respecto a los dos perseguidos.

—Estará en los archivos.

Levantóse Garrido para tirar de un colgante cordón. Entró, tras golpear en la puerta, el escribano.

—Traedme el archivo de causas remitido por los relatores de Santa Fe y que tengan relación con los juicios del año... ¿En qué año fueron juzgados los dos maleantes?

—El pasado —replicó secamente Lezama-

—Traed, pues, el archivo del año pasado.

Consultó con calma el volumen Ruy Garrido, cuando el escribano, tras traerlo, salió del despacho.

—Aquí está firmada, por puño y letra del gobernador Ramiro Luances de la Gándara. Curiosa, en verdad, la decisión. Hace referencia a que los dos maleantes, acompañados de un tártaro, se internaron en la tierra embrujada y maldita del río caudaloso sin explorar. Que perseguidos por soldados del Tercio Cuarto, y por el propio conde Ferblanc, regresaron todos menos el conde Ferblanc y sus hombres, llevando tres cabezas reducidas al mínimo por los

indios jíbaros. Eran las cabezas de los perseguidos arrojadas al campamento de soldados por un jíbaro que logró escapar. Y la decisión del gobernador es que, dada la muerte de los tres maleantes, queda finiquitada la causa contra ellos seguida.

—Eso es lo que quería saber.

Cerró Garrido el volumen.

—¿Por qué os interesan esos maleantes?

—Uno de ellos era mi mejor amigo, y el otro me inspiraba el más completo afecto. Me molesta, pues, que los llaméis maleantes.

—Maleantes muertos son sujetos bondadosos. Pero solamente cuando están muertos.

—Bien, Ruy Garrido. Puedo ya retirarme. No creo haberos sido simpático.

—Acertáis.

—Ignoro la causa, porque nada hice al principio para molestaros. Pero, si os ha de agradar, sabed que es recíproco el sentimiento. Si no os lo han dicho, me cabe el placer de comunicaros que estáis magníficamente dotado para convertir quien venga con buen ánimo en un rebelde irritado. Destiláis antipatía por todos los poros al igual que vuestro juguete de pinchos.

—Decid mejor que estáis malacostumbrado a que os bailen el agua, y pensabais que os iba a recibir con zalemas...

—Craso error, don Ruy. El don os lo doy por aquello del empleo que os han otorgado. Sabed que ninguno de los muchos soldados que hasta ahora he tratado, encumbrado o no, me hizo zalemas. Se limitó a ser corles, viril e hidalgo, que esas son las tres cualidades que hasta conoceros admiré en todo oficial español. Es curioso, don Ruy, pero se me da que hay cierta envidia en vuestro trato. Algo así como si os molestara que aquella leyenda—y señaló los pendones que ocupaban las cuatro esquinas del despacho—se os apareciera de pronto como puerilmente exagerada. "Sin rival"... Ni yo, con lo orgulloso que soy hubiera sido capaz de adoptar tal lema. Siempre hay quien nos supere, don Ruy. A vos, por ejemplo, os superan en amabilidad, cortesía y rectitud.

—Podéis retiraros.

—Con sumo gusto me largo. Me habéis agriado por unos instantes, actuando como nubarrón en mi cielo tranquilo.

—Achacáis a envidia mi trato— mintió Garrido—. ¿No queréis

ser sincero y decir la verdadera causa que os atemoriza en mí?

—¿Que vos me atemorizáis? Diantres, señor Garrido... Tenéis buenos golpes.

—Mejores me los reservo. Sabed, por de pronto, que no podréis entrar en la posada donde os alojáis.

—¿Por qué?—inquirió Lezama, con el ceño fruncido, repentinamente alarmado.

—Os he tratado con adustez porque os la merecéis, que no otra cosa puede esperar quien pretende engañar a la justicia — siguió mintiendo Garrido, acogiéndose a la represalia que con toda rectitud podía tomar—. No os mando apresar porque siendo como sois personaje de categoría, necesito poderes escritos del Virrey para tal medida tomar.

—Sibilino estáis. ¿Queréis aclarar?

—No tengo por qué aclarar. Hacedlo vos primero. Intentaré ver si, miente la fama que os pregona amante de la verdad, por peligrosa que sea.

—Probad.

—¿Quién se aloja en la posada “La Vicuña”?

—Mi esposa, dos de mis hombres, un amigo, su hija y otro allegado mío. Una familia.

—Una familia muy peligrosa. Tengo mis informes, conde Ferblanc, que ya no dudo lo seáis. He recordado, hojeando el archivo de la causa seguida contra tres piratas capturados en Aguas Revueltas, que vos tuvisteis como juez un extraño comportamiento. Defendisteis a los maleantes. Proclamasteis que, si preciso fuera por salvarlos haríais lo imposible. Quedasteis exento de sospecha en la fuga de los maleantes, porque cuando ésta tuvo lugar os hallabais en compañía de un coronel íntegro y honrado, de cuya palabra no podía dudarse. ¿Persistís, pues, en declararme que quienes se alojan en la posada “La Vicuña” son miembros de vuestra familia?

—Todos ellos. Porqué el amigo y su hija lo son, al igual que mis hombres.

—Bien. Sean o no de vuestra familia, no saldrán de la posada sin orden mía.

—¿Razón?

—Porque aquí mando yo.

—Mucha razón, y de peso. ¿No hay más?

—Treinta soldados al mando de un oficial rodean la posada, con la orden terminante de no dejar salir a nadie, y disparar si alguien pretendiera abandonar “La Vicuña”. Parecéis un poco afectado... No os debe extrañar. Tengo mis informes. Un bebedor que elige la bodega como lugar predilecto tiene una cicatriz en la frente que, al igual que sus rojos cabellos, trata de encubrir. Lleva, además, antebrazo falso, que es de hierro. Corresponde, pues, al señalamiento que poseo de Diego Lucientes, vuestro gran amigo. Hay, además, otro que anoche llegó, que responde a la descripción del pirata árabe apodado “El Chacal”. Permitidme notificaros que tenéis una familia muy peligrosa, conde Ferblanc.

—Permitidme notificaros que no os rompo las narices porque, como yo, sois un Jefe con ciertos derechos.

—No estáis en condiciones de bravuconear, conde Ferblanc. Habéis incumplido las instrucciones de la proclama, siendo cómplice y encubridor de dos maleantes. Responderéis de ello ante las autoridades competentes. Por el instante, tratad de no huir de Quito...

—¿Huir?

—Os podría acometer el miedo de saber que esta vez difícil está vuestra situación.

—Escuchadme bien, Ruy Garrido. Tenéis derecho a cercar la posada. Tenéis derecho ante la ley a apresar a los que allá se alojan. Pero es también vuestra obligación no enjuiciar, sino esperar las pertinentes órdenes del Virrey. ¿Es así o no?

—Así es.

—Bien. Ahora vayamos a lo nuestro personal. Habéis tratado por todos los medios de mortificarme. Lo habéis logrado al pretender suponer que podría yo huir abandonando a mi “peligrosa familia”. Este es insulto que tiene enjundia. Os reputan valentón y muy celoso de tal renombre. Y os creo un cobarde que abusa de su situación para encubrir la real envidia que siente porque a todo lo Ferblanc? largo del litoral me consideran un héroe. ¿Olvidemos que sois el gobernador delegado del Virrey y yo el conde Ferblanc?

—Olvidado.

—Pues de valiente a valiente, Ruy Garrido, os voy a hablar.

Capítulo VII

De valiente a valiente...

—De hombre a hombre os tolero cuanto queráis, de palabra y de hecho, porque no tengo rival en las dos expresiones.

—De hombre a hombre, no. Garrido, sino de bravucón a igual. Habéis pretendido que yo huiría... Vos y yo tenemos en común que antes moriríamos que confesar que otro nos ha retado y nosotros le hemos dejado sin réplica. La solución, al cerco de la posada no la daréis vos, sino otras autoridades. Que sigan los soldados allá, que mi familia bien sabe que de dentro no debe salir, sin orden mía. Pero vos y yo vamos a concretar un punto más importante.

—El más importante es que encubrís a dos piratas maleantes.

—Maleante no lo es sino el que malea lo bueno. Vos podéis serlo, Ruy Garrido. Pero no perdamos tiempo. Creo que, aun siendo un idiota os habréis dado cuenta de que ya no podría dormir tranquilo si no os rompía los huesos. >

—Os irrita el veros descubierto.

—No, no... Como gobernador, admito que tenéis razón. No os la quito, emperador de Quito. Es al valiente al que estoy hablando. Hay por todas partes ese trapo diciendo: “Ruy Garrido sin rival”. Os quiero, pues, retar en público, de valiente a valiente.

—Es la primera de vuestras frases que halla en mí un eco cordial, conde Ferblanc, No quiero perder tiempo, yo tampoco. Venid conmigo, para que comunique al teniente que manda las fuerzas que rodean la posada lo que debe hacer en el caso imposible de que algo me sucediera en duelo contra vos.

—Eco.

Ruy Garrido abandonó el despacho. Andaba erguido, y en su zurda la bola de hierro y la colgante cadena eran como emblemas

de su personalidad.

—Mi caballo—ordenó.

Montado en él, miró un instante al Pirata Negro, que, también en la silla, le contemplaba con poco agrado.

—¡Al galope!—exclamó el gobernador—. ¡Quieta la, escolta!—volvió a gritar, al ver que varios soldados iban a seguirle.

Poco después, al divisar la posada, refrenó Garrido su caballo. Había espoleado cruelmente sus flancos para llevar siempre la delantera.

—Habréis observado, conde Ferblanc, que de valiente a valiente os presenté siempre la espalda.

—Vos en cabeza por ahora.

—Lo hice para que si os acometía la tentación de dejarme sin habla, evitando que comunicara al virrey vuestra complicidad con evadidos, pudierais tener blanco fácil.

—Tate... Sois un marrano rastrero, Ruy Garrido. Sin rival en el arte de ofender. ¿De cuándo acá yo, os puedo parecer hombre que a traición ataque?

—A traición vinisteis a sonsacarme sobre dos maleantes de vuestra familia.

—Si otro fuerais, de otro modo os hubiera hablado. Pero seguid echando veneno... Ya nos veremos mejor después de que digáis lo que tenéis que decirme.

Veíanse claramente los soldados apostados alrededor de la posada. El oficial se destacó para salir al encuentro del gobernador.

—A la orden, Ruy Garrido. Sin novedad—. Y de pronto, el teniente, mirando al otro jinete, hizo más rígido saludo: —A la orden, señor conde Ferblanc. Soy el teniente Carvajal, y tuve el honor de seros presentado en Puerto Colombia, antes de partir destacado a Quito.

—Creo recordaros, teniente Carvajal.

—Atended—dijo secamente Ruy Garrido—. Vuestro conocido el conde, Ferblanc ha tenido a bien retarme a duelo, que se llevará a cabo, lo antes posible.

El teniente Carvajal reprimió su exclamación de sorpresa. Trató de conservar Ta impavidez de su primer tiempo de saludo.

—Por lo tanto, en el caso imposible de que algo me sucediera, vos quedáis responsable de una importantísima misión. La de que

mujeres y hombres que allá se alojan, para nada salgan. Si lo intentan, disparad, y después preguntad. Enviad ahora un doble correo verbal al Virrey. Que comuniquen que yo, Ruy Garrido, tengo en mi poder a dos maleantes perseguidos, contra los cuales hay sentencia de hacha. Sus nombres son Diego Lucientes y “Chacal”. Que el Virrey mande enviado y fuerzas para hacerse cargo de los que en esta posada se alojan. Los unos por maleantes perseguidos, los otros por cómplices. Tomad nota si es preciso teniente.

—No es preciso, Ruy Garrido—dijo el teniente—. Paso a cumplimentar vuestra orden.

—Un instante— atajó el gobernador—. Quizá el conde Ferblanc quiera añadir algo referente a la gentuza allá alojada.

El caballo montado por el Pirata Negro encabritóse, relinchando de dolor ante el repentino e inesperado tirón de riendas que sufrió.

Calmóse también con repentina celeridad el Pirata Negro, que acariciando el cuello del animal, dijo:

—Perdona, amigo. Tú no tienes la culpa de que otro sea mezcla de cerdo y reptil. Señor teniente Carvajal, ¿queréis atenderme un ruego que en nada se opondrá a las órdenes que habéis recibido de… ese… de ese jinete que me acompaña?

—Ordenadme señor conde.

—La palabra “gentuza” fue la que encabritó a mi caballo, señor teniente. Una de las cosas que ese… jinete, calificó despectivamente de mujeres, es mi esposa. Os ruego tengáis a bien, comunicarle de mi parte, que no se inquiete en lo más mínimo. Que vuestra custodia es requisito obligatorio, para lo que me propongo, Y que bajo ningún concepto, ninguno de los restantes componentes de mi familia, saldrá de la posada.

—Entendido señor conde. Tendré sumo honor de comunicar vuestros consejos a la señora marquesa de Ferjus. ¿Mandáis algo más, señor conde?

—Vos sí… vos sí que sois un militar español, teniente Carvajal.

—¿Algo más, Ruy Garrido?

—Id, teniente.

Saludó el oficial, marchándose.

Ruy Garrido, siempre inexpresivo el rostro, movió las riendas.

—Si queréis hablar con la gentuza de allá dentro, os lo

consiento, conde Ferblanc.

—En millares de leguas a la redonda no hay más gentuza que tú y yo.

—¿Dónde quieres descabalgar y dirimir nuestra personal rivalidad?

—Cuanta más gente mejor, preciosidad.

—¿Teme que puedan acusarlo de haber dado muerte al gobernador de la ciudad?

—No es eso, ricura. Lo que quiero es que de valiente a valiente, te ganes el derecho a lucir la leyenda de tu cartel, que si pendón es, más pendón eres.

—Tus vulgaridades de pirata, en mala hora perdonado por el Rey, me agradan, porque se te percibe todo el esfuerzo que haces para no agredirme.

—Te quiero sangrar lentamente, bicho. Gota a gota.

—No haré uso de mi maza. Sería valerme de ventaja. ¿Qué eliges, espada o pistola?

—Tipos como tú, me son muy conocidos. Lo perderían todo con tal de que a su renombre de valentía no hubiera sombra que lo empañara.

—Desde que oí hablar de ti siempre pensé que ante mucha gente me sería agradable, hallar ocasión propicia a duelo. Sé, que seré severamente amonestado por el Virrey. Es muy posible que me destituya. Pero cuando te haya dado muerte, por más conde Ferblanc que seas, mi fama no tendrá rival.

—De eso quiero yo sacar partido, borrico.

—Te saca de quicio el ver la tranquilidad con que un hombre con mis agallas, no sólo acepta tu reto, sino que tiene la seguridad de aplastarte en el terreno que elijas,

—Aplasta menos, pequeño.

Por vez primera, el semblante inexpresivo de Ruy Garrido demostró algo semejarte a una contracción de ira. Sé recuperó prontamente. Pero era tarde…

—Tate… Eres sensible a la falta de talla. Es la ridiculez del hombre imbécil, que cree que el varón se mide por estatura. Grandes he visto, casi gigantes, muy poco hombres, y otros escasos en talla ser héroes. Bien, bien, pequeño. Reconozco que tienes seguridad en ti mismo. Vamos a ponerla a prueba. ¿A dónde

conduces?

—A la plaza mayor. Hay allá mucha gente. ¿No querías testigos, valentón? También los quiero yo.

—En eso, pues, coincidimos. Y ahora puedes cerrar el charco que es tu boca, porque no te daré réplica hasta que tú y yo, en medio de la plaza, podamos hablar. Tan sólo puedes vanagloriarte de que estoy tan deseoso de que se borre la leyenda de tu pendón, que muy poco se me dará de morir. Y ahora calla, pequeño.

Capítulo VIII

Un duelo sin rival

La Plaza Mayor estaba concurridísima. Menudeaban los saludos al gobernador, que erguido y acompañarlo de otro jinete, se dirigía al centro de la plaza.

Ruy Garrido detuvo su caballo. Hizo una seña hacia un hombre, que acudió corriendo, conteniendo los saltos que contra su estómago daba por la carrera el tambor que por dos correas colgara de su cuello.

—El pregonero—explicó Garrido—. Vigila tus palabras, conde Ferblanc. Si privadamente somos dos valientes, ambos somos jefes, y respeto debemos a nuestro cargo.

—De acuerdo. Adelante, gobernador.

Reuníase gente formando coro expectante. Esperaban un pregón de los que tanto abundaban por aquella época.

Inclinóse en la silla, Ruy Garrido, para decir al pregonero:

—Anuncia que el caballero que me acompaña es el conde Ferblanc, el cual como tal me merece todos los respetos. Añade, que por rencillas antiguas, le he retado en plaza pública, porque quien venza, por el Rey será castigado, y doy el ejemplo.

Los redobles anunciando el pregón, y las palabras fieles del pregonero, hicieron que el círculo de oyentes se ensanchara y un absoluto silencio reinara entre todos.

—Añade que por ser yo gobernador, he cedido al visitante, la elección de arma, entregándote para su custodia mi maza.

Desaherrojó Garrido su argolla, y el pregonero se tambaleó al sentir en su hombro el peso de la cadena y la bola de hierro.

Lanzó el pregón.

—Vos ahora, conde Ferblanc—invitó Ruy Garrido.

—Anuncia, pregonero, que no te necesite, porque mi voz es lo suficientemente marinera para dejarse oír de quien, sordo no sea.

Terminado el pregón, volvió a cerrarse el anillo de oyentes prudentemente ensanchado.

—Buena gente de la muy noble y leal ciudad de Quito. Tenéis por gobernador a quien ostenta en su pendón una leyenda que dice: "Sin rival". Como los hechos se demuestran actuando, Ruy Garrido me hace la merced de considerar que le hago sombra. Me deja elegir armas...

La voz serena del Pirata Negro tenía empaque burlón.

—Es una ventaja que no quiero aceptar, porque también yo soy muy amante de mi imbécil prestigio de valiente. Voy a elegir un arma que para los dos sea igual. Un arma que ninguno de los dos empuñará. ¿Os extraña, señor gobernador? Sois muy ducho en toda clase de armas, y tratáis de buscar un arma que sea igual y no sea empuñada. Mi elección es sencilla, aunque os lo tendré que explicar en vuestro oído. Por el instante, pido a cualquier soldado de los que escuchan, que trote hacia el cuartel de allá enfrente, y que en nombre de Ruy Garrido pida dos cosas. Acércate, pregonero, que el gobernador, anunciará las dos cosas que elijo por armas.

—Tratad de no querer ridiculizarme, porque os ridiculizaríais—dijo secamente, en voz baja. Ruy Garrido—. Os consideran ingenioso y dado a chanzas, pero no es la ocasión. Pareceríais rehuir la lucha.

—Huir, rehuir... Tres veces habéis repetido esta palabra. Decid al pregonero, que el soldado traiga con ayuda de quien sea, una mecha de cuatro varas, de las negras lentas.

—¿Una mecha de cuatro varas, lenta?

—Eso mismo.

—¿Qué otra cosa?

—El barril más voluminoso de cuantos contengan pólvora. La pólvora mejor.

—No comprendo para que...

—No perdamos tiempo. Decid al pregonero lo que os comunico.

Terminado el pregón, volvió a ensancharse considerablemente el círculo, con cierta precipitación.

Un soldado a caballo, partió al trote hacia el cuartel.

Ruy Garrido afectó indiferente silencio.

Dos oficiales atravesaron la muchedumbre acompañando la carreta que tirada por recio percherón, y escoltada por dos soldados, se detuvo ante los dos jinetes.

—Cumplida la orden, Ruy Garrido —saludó uno de los oficiales.

—Descargad barril y mecha. Retiraos—ordenó secamente Garrido.

Desmontó Lezama, entregando las riendas a un soldado, que sudoroso acababa de poner en pie el barril, sobre el cual estaba el rollo negro de la mecha.

—Toma, muchacho. Si no me ves más, para ti el potro. Y ahora, señor gobernador, ¿tenéis a bien desmontar y entregar vuestro caballo en custodia a un oficial? Tened asimismo a bien, ordenar al pregonero que se aleje. No lo necesitamos ya. Aconsejad que nadie se acerque; cincuenta pasos de distancia; han de separarnos de todos.

La retirada de oficiales, soldados, carreta y pregonero verificóse con prontitud, ante la orden de Garrido, en cuya voz vibraba cierta cólera.

—Bueno, pequeño, ya no nos pueden oír. Somos un buen par de idiotas. Tú por cuestión de prestigio, vas a perder o el pellejo o el cargo de gobernador. Yo, porque me das asco, voy a perder la felicidad en que tú has sido el primer nubarrón.

—¿Este barril… y esta mecha…?

—Todo a su tiempo—dijo el Pirata Negro, mientras asiendo el rollo de mecha, iba desenrollándolo para tensarlo. —Quizá te hubiera consentido tu actitud poco digna de un hombre que de tal se precie. Pero… llamaste gentuza a quien está por encima de ti y de mí, que al fin y al cabo somos dos bestias muy pagadas de nuestra honrilla de valentones. Me quisiste exasperar aludiendo a la posibilidad de que yo huyera. Por eso he elegido este duelo, que poca gente ha presenciado.

Con la punta ele su puñal, abrió el Pirata Negro una brecha en el centro de la cubierta. Insertó el extremo de la mecha, que fue distendiendo en línea recta por el suelo.

—Matarte es poca cosa, pequeño. O tú y yo no tenemos rival, o uno de los dos se va a “rajar”. ¿Sabes lo que es “rajarse”? Es esa sequera de garganta, que en trances apurados, nos hace pensar de pronto que el cielo es azul, y que el trino de los pájaros es muy

agradable de oír. Toda esa gente que a distancia prudente, nos está mirando, pensará que somos dos locos... Ignora, lo que es un carácter como el tuyo, y una sensata locura como la mía. Ya está la mecha en condiciones... Más o menos tardará una vez encendida, unos diez minutos en llegar al barril. ¿Te vas dando cuenta, pequeño? Son muchos ojos los que nos miran. Si estuviéramos a solas, seguramente tú y yo escaparíamos a tiempo. ¿Tienes yesca?

En silencio tendió Garrido pedernal y yesca. Varias chispas saltaron hasta que en el extremo distante del tonel unos cuatro metros, prendióse rojiza llama que chisporroteó.

Tiró Lezama a lo lejos el pedernal y la yesca. Acercóse al tonel, cuya altura era de un metro.

Saludó en breve reverencia, riendo brillantes los ojos:

—Os invito, señor gobernador, al mejor de los sillones. Los dos charlaremos durante diez... nueve minutos y medio. El primero que abandone el tonel, intente apagar la mecha, o saque armas, demostrará ser un cobarde repugnante, o no ser el valiente que toda esta muchedumbre cree.

Saltó el Pirata para quedar sentado en el tonel. Aproximóse Ruy Garrido, que a su vez, sentóse. Entre ambos, la mecha torcíase para hundirse en la brecha abierta en la cubierta.

En el suelo, serpenteaba la rojiza luz, yendo lenta pero inexorablemente hacia el barril cargado de pólvora.

—Por si acaso, comprobé que era pólvora, temiéndome que tus oficiales, la mojaran o substituyeran. Mírala... Arderá muy bien—y por entre sus dedos hizo resbalar Lezama el polvo cenizoso, que acaba de extraer del barril. —¿Sudas, precioso? No hace calor para eso.

—También sudas tú.

—Claro... ¿o es que te crees que me estoy divirtiendo?

—Morirás saltando en mil pedazos.

—Menos pedazos darás tú de ti, pero ahora el momento de la fanfarronada que se cumple, Ruy Garrido. Faltan... unos seis minutos... de mecha... Después... ¡plof!... No te sobresaltes, gobernador. Hará mucho más ruido, pero no lo oiremos. Aunque creo que será porque reventados los ojos y los tímpanos, sentiremos que nuestros brazos vuelan y nuestras piernas corren solas hacia el infierno.

Miró Ruy Garrido la luz que acortaba la mecha, cuya mitad había ya consumido.

—Es necio este duelo, pirata.

—Los necios somos tú y yo, pero el duelo es sin rival. Oye, pequeño, ¿no te ocurre lo que me está sucediendo? Tengo la piel muy semejante a las gallinas cuando les quitas las plumas... No creas que podrás apagar la mecha cuando esté entre nosotros dos... A veces se ha dado el casó, que con la buena pólvora, ésta no espera la llegada de la llama, y el calor, al subir por el madero del barril, hace estallar el todo... ¿No sientes el calor de tus fondillos? Yo sí.

—¡No he de huir!

—Claro que no ¿Tú huir? Quita allá... Tú no huirás. Déjame hacer dos cálculos... Faltan unos cuatro minutos o menos Fíjate en la gente... Tienden todos el cuello... Hay quien, se ha vuelto de espaldas... Tengo buena vista. Hay un anciano que se persigna. Debe creerse que somos diablos atacados de locura... Tiene una barba muy blanca... Estará más honrada cuando en ella se incruste un ojo tuyo, o tu nariz... Ni tú huirás ni yo tampoco. Nos lo jugamos todo a un barril, Ruy Garrido. Sin rival.

Ansiosamente echó el valenciano una ojeada a la mecha, que ya reptaba a un metro de la base del barril en que se hallaba sentado.

—Un magnífico espectáculo, Ruy Garrido. Me gusta verte sudar a chorros, y desabrocharte el coleto... No seas así, y procura conservar ese aplomo exterior que es prenda del valentón... No te muevas como si te quemara algo... Todavía no... Nos elevarán un monumento, Ruy Garrido... Tardarán días en recoger nuestros trocitos, pero... los encontrarán, aunque algunos estarán muy lejos... hermosa muerte. Reventar... La sangre escribirá por las paredes altas... Oye, hablando de sangre, ¿dónde está la tuya? Has perdido por completo el color. Es preciosa esta llamita... a ratos azul, a ralos roja. Está entornando el ojo, nos lince guiños... ¿Será Satanás anticipándonos la bienvenida a su domicilio? Es bello vivir... Yo tengo una familia encantadora, y acertaste al decir que era peligrosa... Pero, te equivocaste al olvidar que sigo siendo por el minuto que nos queda... ¡el cabeza de familia!

¡No hay más que un PIRATA NEGRO!

Jamás ha habido un héroe más valeroso que él. Con la sonrisa en los labios y la espada en la mano,

EL PIRATA NEGRO

recorre todos los mares al frente de sus intrépidos seguidores para imponer la ley y la razón a los que olvidan los dictados de la justicia.

¡Emoción en todas las páginas! **¡Interés e intriga constantes!**

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines.
15. Los mendigos del mar.
16. El rey de los zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Montbar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
22. Deuda saldada.
21. Esclavitud y rescate.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballero errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer del vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.
43. Los cuatro dogos.
44. La princesa azul.
45. Tres amores.
46. Escala en Tinerfe.
47. Los negreros.
48. Rumbo a Caribe.
49. Rebelión criolla.
50. El hijo del Pirata.
51. "El Chacal".
52. La legión del Mar.
53. La amazona.
54. Un violín en la tormenta.
55. Los tres trotamundos.
56. El Marquesito.
57. Reunión en palacio.
58. El león plateado.
59. El pirata novel.
60. El reto de "El Chacal".
61. La costa dorada.
62. En pos de "El Chacal".
63. El "León" y "El Chacal".
64. Aguas Revueltas".
65. La voz de la sangre.
66. El verdugo espera.
67. Tres cabezas.
68. Las Damas del Arco.
69. La fortaleza sitiada.
70. Manada de lobos.
71 Una familia peligrosa.
72. La dama del mesón.





Editorial BRUGUERA - Barcelona